GUILLERMO TELL,

drama en cuatro actos

POR DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Junio de 1843.

PERSONAS.	ACTORES.
GUILLERMO TELL.	*Don Julian Romea.*
BERTA, *su muger.*	*Doña Matilde Diez.*
WALTER, *su hijo.* . . .	*Doña Teodora Lamadrid.*
GESLER, *gobernador austriaco de Schwitz y Ury.*	*Don Pedro Sobrado.*
EL BARON DE ATINGAUSEN.	*Don Elias Noren.*
ULRICO RUDENZ, *su sobrino.*	*Don Manuel Argente.*
WERNER STAUFFACHER. .	*Don José Pló.*
ARNOLDO MECTAL.	*Don Florencio Romea.*
WALTER FURST.	*Don Lázaro Perez.*
ARNOLDO DE SEWA. . . .	*Don Lorenzo Paris.*
ROSELMAN.	*Don Lorenzo Uzelay.*
ROBERTO, *oficial austriaco.*	*Don José Diez.*
FRANK, *criado de Tell.* .	
UN CAPATAZ.	
OBREROS 1.°, 2.° y 3.°. .	

CABALLEROS, SOLDADOS, OBREROS, HOMBRES, MUGERES Y NIÑOS DEL PUEBLO, ALDEANOS, CONJURADOS.

La escena es en Suiza, en los alrededores del lago de los cuatro cantones.

Acto primero.

Casa rústica de labrador acomodado. A la derecha del actor, una chimenea encendida: al mismo lado, la puerta de una habitacion: á la izquierda una ventana: al fondo la puerta principal. Mesa, sillas toscamente labradas, y una alacena.

ESCENA PRIMERA.

BERTA.

(*Está mirando por la ventana.*)

¡Oh! ¡cuánto tarda Guillermo!
Ya con tibio resplandor
tras de aquel nevado monte
sus rayos oculta el sol,
y ¡aun le espera entre zozobras
mi angustiado corazon!
¡Tanto le agrada en las selvas
seguir al lobo feroz
y á sus pies dejarle muerto
con flecha que nunca erró!
Ó bien ¿será que en el lago,
de un barco asido al timon,
arrostre las fieras ondas
que braman en derredor?
Mas si acaso... ¡ay, me estremezco!
esos que maldiga Dios,
tiranos de estas comarcas,
cuyo bárbaro furor,
aun mas que el hambriento lobo,

y el lago, temibles son,
¿habrán osado arrancarle
á sus hijos, á mi amor?
Harto lo temo; que nada
en su insaciable ambicion
respetan, y cada dia
pesa mas su yugo atroz.

ESCENA II.

BERTA. WALTER.

WALT. ¡Madre...! madre...!
BER. ¿Qué, hijo mio?
WALT. Lleno de júbilo estoy.
Ya igualo casi á mi padre,
ya soy diestro tirador.
Me hallaba á orillas del lago,
cuando en la vasta region
del aire, allá entre las nubes,
cual de los vientos señor,
las anchas alas meciendo,
un buitre se presentó.
Armo la ballesta, apunto,
sale la flecha veloz,
y el ave sobre las ondas
cae con sordo rumor.
BER. Hijo mio, ¿de qué sirve
esa inútil aficion?
¿Quieres tambien, cual tu padre,
siguiendo tan ciego ardor,
dejar á tu madre sola,
entregada á su afliccion?
Guillermo Tell en destreza
á todos vence: no vió
Suiza jamas en sus montes
mas certero cazador;
pero yo le llamo, ¡ay triste!
y no responde á mi voz;
que es el monte su delicia,
cazar su sola pasion.
WALT. Pues bien, madre, si os disgusto,

un hijo obediente soy:
romperé flechas y aljaba,
y nunca ya...

BER. Walter, no:
aprende ese arte funesto;
pues tal vez llegue ocasion,
y no tarde, en que con él
debas armar tu valor.

WALT. ¿Qué decís?

BER. La flecha aguda
jamas tu mano lanzó
sino contra el oso fiero
ó el pájaro volador;
é inocente no sospechas
que en humano corazon
puede clavarse tambien
ese acero matador.

WALT. ¡Ay, es posible...!

BER. Es que existen
hombres de tal condicion,
que un corazon menos duro
abriga el tigre feroz.

WALT. ¿Dónde se hallan, madre mia?
Decid luego quiénes son.

BER. Son hombres que por fortuna
este suelo no engendró;
que estraños climas abortan,
ó fieras diré mejor.
Cubiertos de ricas telas
do con vana profusion
el oro, que es su deidad,
brilla en preciosa labor;
dueños de hermosas ciudades
que ostentosa habitacion
ofrecen á su molicie
entre fiestas y esplendor;
aun codician estas rocas,
solo bien que Dios nos dió,
y á nuestras pobres cabañas
les traen cruda opresion.

WALT. ¡Opresion...! No, madre mia,
no tengais ese temor.

Los que esas ricas ciudades
habitan, triste prision,
donde cobarde indolencia
sus dias encadenó,
esos pueden ser opresos,
mas nosotros, madre, no.
Esas cumbres contemplad
do puso el brazo de Dios
la nieve eterna que al rayo
no cede de ardiente sol,
y cuyo arriesgado suelo
recorre el suizo veloz,
firme cual marchan los ricos
en alfombrado salon;
ved esos bosques inmensos
cuyo intrincado espesor
da alimento con su caza,
y en huecos troncos mansion;
y esos lagos cuyas ondas
arrostramos sin pavor
cuando los vecinos montes
vencen en elevacion;
alli no hay esclavitud,
alli no existe señor;
y cuando en ellos me miro,
tan libre me creo yo
como el ave que en los vientos
tiende el vuelo protector.

BER. ¡Mas en medio de los aires
tu flecha al buitre alcanzó!
asi nos sabrá alcanzar
de esos hombres el furor.

WALT. Antes esa misma flecha,
castigando su ambicion,
los despeñará sin vida...

BER. ¡Calla! ¿No escuchas rumor?

WALT. (*Yendo á mirar hácia la puerta.*)
Es mi padre.

BER. ¡Ah...! sí... á Dios gracias
ya mi zozobra cesó.

ESCENA III.

DICHOS. TELL.

BER. ¡Esposo!
WALT. ¡Padre mio!
TELL. ¡Prendas caras!
BER. ¡Cuán tarde vienes hoy...! En tu semblante
veo triste inquietud... Esos vestidos
en desorden estan... ¿Algun desastre
nos amenaza? Di.
TELL. Ninguno. Al menos
por ahora.
BER. No, no: motivo grave
tu tardanza tendrá.
TELL. Sí: desembarco
de la contraria orilla en este instante.
BER. ¡Cómo! ¿has pasado el lago?
TELL. Esta mañana.
BER. ¿Cuando el fiero huracan...?
TELL. Cuando mas grande
era la tempestad.
BER. ¿Y no has temido...?
TELL. Desprecia mi valor las tempestades.
Ya lo sabes, el remo entre mis manos,
segura, á su pesar, rige la nave.
BER. Mas ¿qué causa...?
TELL. En el riesgo á un fiel amigo,
á un compatricio vi, corrí á salvarle.
BER. ¿Quién?
TELL. Conrado.
BER. ¿Qué riesgo...?
TELL. Todavía
de rabia tiemblo al recordar su ultraje.
No, los tiranos ya no tienen freno:
ni aun de ellos nuestro honor puede salvarse.
BER. ¡Cielos!
TELL. ¿No basta ya que nuestros brazos
fuertes castillos y prisiones labren
con que el Austria asentar quiere su imperio
en estas asperezas donde nace
el hombre libre, y donde apenas sufre
que estrecha habitacion le acorte el aire?

¿No basta que el sudor de nuestras frentes
estéril surco sin descanso empape
para entregar sus frutos á un tirano
que abarca en su ancho imperio cien ciudades?
¿No basta que arrancando nuestros hijos
del techo paternal, en los combates,
por no sé qué contiendas que ignoramos,
su sangre sin piedad vierta á raudales?
¡Tambien nuestras esposas, ó vergüenza,
presa vendrán á ser de los infames!

BER. ¡Ah...! ya entiendo... La esposa de Conrado...

TELL. No temas por su honor... luce brillante.

BER. Mas...

TELL. Del emperador quiso el Bailío
su esplendor empañar... El miserable,
no bien osó espresar su torpe intento,
cuando al suelo cayó nadando en sangre.

BER. ¡Gran Dios!

TELL. El hacha de mi noble amigo
su cráneo dividió.

BER. Mas si á vengarle
sus parciales acuden...

TELL. Ya está libre.

BER. ¿Cómo?

TELL. Orillas del lago, mis pesares
procuraba templar, viendo sus ondas
al soplo de los vientos agitarse.
El temido rumor de la tormenta,
el ancho toldo que obscurece el aire,
las negras nubes que en pesadas masas
giran y en agua sobre el agua caen,
el silbido del austro que en los montes
zumba horrible y con furia incontrastable
los témpanos arranca de las cumbres
y deshechos en polvo los esparce;
todo ese grato horror, cuadro sublime,
me conmueve, me exalta, me complace,
que al furor de natura, logro al menos
del furor de los hombres olvidarme,
Conrado en tal momento se presenta.
¡Salvadme por piedad, dice, salvadme!
y nos cuenta su historia, y al oirla

mis cabellos de horror siento erizarse.
Aterrados allí tambien le escuchan
tímidos pescadores que en la margen
buscan seguro asilo recelosos
de que el lago su barca airado trague.
Pide Conrado que á la opuesta orilla
alguno en tal peligro le traslade;
pero por la tormenta amedrentados,
y aun mas por las venganzas implacables
del tirano de Ury, con vil repulsa
á sus ruegos se niegan los cobardes.
Pues yo te salvaré, le digo entonces:
y á una barca me lanzo, y corto el cable,
y empuñando el timon, entre las ondas
que la fragil barquilla airadas baten,
de la horrible tormenta al son tremendo,
senda atrevida mis esfuerzos abren.
La amistad me sostiene, Dios nos guia,
salta Conrado en tierra, y yo á abrazarte
vuelvo sin mas tardar.

BER. Muy bien hiciste;
jamas duda un valiente en casos tales.

WALT. ¡Que no estuviese á vuestro lado entonces!
¡Con qué placer tambien fuera á arrojarme
al peligro con vos!

TELL. ¡Hartos peligros
te quedan que arrostrar! Si deslizarse
yo vi mi juventud en paz dichosa,
menos quieta la tuya tal vez pase.

BER. ¿Qué temores...?

TELL. No sé... mas cuando estaba
en medio de aquel lago, y una imagen
del irritado mar en él veía,
yo me dije: estas aguas há un instante
que tranquilas miré: cual un espejo
se estendia su faz tersa, amigable
al osado batel... ¿Por qué se irritan?
¿Quién mueve su furor? Los huracanes.
Nunca sin ellos su nivel perdieran;
guerra quieren tener, guerra les hacen.
Pues bien, son como el lago nuestros pechos:
tranquilos hora estan; mas si robarles

vilcs tiranos su reposo intentan,
sabrán cual esas aguas sublevarse;
y cual ellas tambien puede que al necio
que á domeñarlos viene le anonaden.

BER. ¿Será verdad...? ¿Esos proyectos tienes?

TELL. ¿Yo? No tengo proyectos.

BER. No me engañes.

TELL. No. Pero siento aqui... Ni lo que anhelo
sé yo mismo esplicar. Hierve mi sangre,
me abrasa el corazon... y mis furores
de todo siento que serán capaces.
Por eso en melancólicas ideas
busco, huyendo de tí, las soledades.
Es poco á mi dolor esta morada
que entre peñas é incultos matorrales,
la pestífera atmósfera evitando
de la oprimida Altorf, quise labrarme.
Necesito mayores asperezas,
mas riesgos, mas horror. Solo me atrae
la triste sombra de la antigua selva,
temida habitacion de osos voraces;
ó la altísima cumbre en que se oculta
bajo la nieve eterna ardiente crater;
ó el ventisquero helado donde braman
en hórrido fragor las tempestades.
Alli, aunque adusta, libertad existe,
ni hay tiranos alli que la arrebaten.

BER. Pues bien, Guillermo, si á mi voz atiendes...
(*Se oyen voces fuera.*)
Mas ¿qué ruido...?

TELL. Es verdad.

BER. ¿De dónde nace?
(*Sale Frank azorado.*)

ESCENA IV.

DICHOS. FRANK.

FRANK. ¡Ah, señor!

TELL. ¿Qué tienes, Frank?

FRANK. El gobernador...

TELL. ¡Y bien!

¿Vienes á contar acaso
algun nuevo crimen de él?
FRANK. ¡Ah! ¡Callad!
TELL. ¿Por qué?
FRANK. No os oiga.
TELL. ¡Cómo!
FRANK. Está ahí.
BER. ¡Cielos!
TELL. ¿Quién?
¿El cruel Gesler?
FRANK. De la caza
volvia; y al pasar, ve
esta casa, y se enfurece,
y... Mas él entra.... Tened.

ESCENA V.

DICHOS. GESLER. ROBERTO. Acompañamiento.

GES. ¿Dónde el insolente está
que osa habitar esta casa?
TELL. Señor, yo soy quien la habito:
aun no acabé de labrarla,
pues habreis podido ver
los obreros que trabajan...
GES. Sí, los he visto, y me admira
que hayas tenido esa audacia.
TELL. ¿Por qué, señor?
GES. Di primero,
villano, ¿cómo te llamas?
TELL. Guillermo Tell.
GES. Ese nombre
conozco ya.
TELL. Cierta fama
tiene por estos contornos.
GES. ¿Qué fama?
TELL. Es exagerada.
Dicen que jamas mi flecha
el blanco erró que señala.
GES. Sí, me acuerdo.
TELL. Siempre fué
mi única aficion la caza:

por esa razon vivir
en estos montes me agrada.

GES. ¿Y olvidas que eres vasallo
de un poderoso monarca?

TELL. Todos al emperador
aqui respetan y acatan.

GES. ¡Al emperador...! Asi
la rebelion se disfraza.
¿No sabeis que el vasallage
de hoy mas le debeis al Austria?

TELL. Yo hasta ahora oí decir
que es feudataria mi patria
del imperio: como tal,
solo en ella Alberto manda;
y si la casa de Hapsburgo
pierde el imperio mañana,
para nosotros entonces
ya el Austria no será nada.

GES. Mientes; que este suelo pisa
por siempre con firme planta.

TELL. Aun asi tenemos fueros;
y si alguno los quebranta...

GES. Ya esos fueros se acabaron:
la voluntad soberana
de vuestro rey los anula;
y ¡ay! ¡si alguno los reclama!
No sois mas que infames siervos,
vil y despreciable casta,
que ni haciendas tener puede,
ni le es dado labrar casas,
ni aun el aire respirar,
si mi permiso no alcanza.
¿Cómo, siendo asi, has tenido,
villano, osadía tanta
que aqui fabricas...

TELL. Señor,
vuestra cólera me estraña.
Jamas nos fué prohibido
fabricar nuestras moradas
en el terreno que es nuestro:
y cuanto la vista abarca
desde ese bosque inmediato

hasta la vecina playa,
todo es feudo mio.

GES. ¡Tuyo!

TELL. Le debo á nuestros monarcas;
que, aunque me llamais villano,
en virtud de antiguas cartas,
los villanos de esta tierra
sus propias haciendas labran.
Esta habitacion, es cierto,
se encuentra aqui solitaria;
mas no ignorais que en Helvecia
es tambien antigua usanza.
Aqui el cazador perdido,
aqui el viajero descansan;
que un asiento en el hogar
y cena jamas les falta;
y aunque es indigna mansion
para persona tan alta,
podeis de ella disponer,
pues habeis querido honrarla.
Pedid cuanto apetezcais:
no grandezas cortesanas;
mas rústicas provisiones,
que de ellas hay abandancia,
y aqui les da el apetito
la mas esquisita salsa.
Pedid: que yo por dichoso
tendré este dia en que alcanza
mi pobre albergue abrigar
bajo su techo de paja
al que á mi rey y señor
representa en la comarca.

GES. Te estoy oyendo, y me pasmo
de mi paciencia estremada.
Mas yo sabré castigar
esa osadía insensata.
Roberto, mañana mismo
dispondreis que en la fachada
de está habitacion se pongan
del emperador las armas:
veremos si entonces suya
osa este imbécil llamarla.

TELL. ¡Cómo, señor!

GES. Ya está dicho.

TELL. Ved que es un despojo...

GES. Basta.

Yo haré que todos acaten
mi autoridad soberana.
Si libres pensais vivir,
vuestra soberbia os engaña:
aqui ya no hay mas que esclavos;
arrastraos á mis plantas,
ó con castigos horribles
humillaré esa arrogancia.

(*Vase con su séquito.*)

ESCENA VI.

TELL. BERTA. WALTER.

TELL. ¡Oh infamia! ¡Oh mengua! ¡Oh baldon!
¿Esto llegamos á oir?

WALT. Dadme el arco: ¡quiero ir
á pasarle el corazon!

BER. ¿Qué intentas, loco? Debemos
respetar á nuestros amos.
Cuando viviendas labramos,
tiene razon, mal hacemos.
Solo nos cumple habitar
guaridas de lobos fieros.
Vé, despide á los obreros,
no han de volver á labrar.

(*Vase Walter.*)

TELL. ¿Mandas parar esa obra?
Tu resolucion no alabo.

BER. A un siervo vil, á un esclavo,
una cabaña le sobra.

TELL. Sí, tienes razon: mañana
haré mas, la abrasaré,
y en el monte viviré
libre de opresion tirana.
Mas la luz del dia cesa:
desfallecido me siento;
aun estoy sin alimento;

vé, Berta, y dispon la mesa.

BER. Voy.

(*Berta se dirige hácia la alacena. Tell enciende en la chimenea una mecha, y con ella una lámpara que estará sobre la mesa.*)

TELL. Fuego cuyo calor
hoy mi sangre vivifica,
ven, luce, mientras te aplica
á otros usos mi furor.
(*Contemplando la llama de la lámpara.*)
Mañana llama tan breve
esta mansion cubrirá...
no importa, bella será
si otra llama encender debe.

BER. (*Colocando en la mesa un pan y un jarro de agua.*)
Toma.

TELL. ¿Qué es esto, muger?
¡Agua solamente y pan!
¿Caza los montes no dan,
ni hay vino ya que beber?

BER. Para siervos y villanos
esos alimentos bastan:
ricos manjares los gastan
solamente los tiranos.

TELL. Sí, sufra el justo castigo
quien ser hombre libre ignora.
Llama á mis hijos ahora,
partan ese pan conmigo.

BER. ¡Tus hijos...! Mas les valiera
nunca al mundo haber venido;
un esclavo envilecido
tener hijos no debiera.

TELL. Calla, muger; que al oirte
no sé en el pecho qué siento.
¿Qué es lo que quieres...? ¿Qué intento...?

BER. ¿Yo? Nada puedo decirte.
Muger soy; y cuando hablar
debe un fuerte corazon,
cuando es de obrar la ocasion,
la muger debe callar.

TELL. Es que por ella tal vez

el hombre sus manos ata.

BER. No por mí, que me arrebata
el pecho noble altivez.
Escucha: de un noble anciano
hija soy, fuerte varon,
que al valiente corazon
une el juicio recto y sano.
Mas de una vez yo solia,
allá en mis años primeros,
mientras de nuestros corderos
mi rueca el vellon torcia,
junto al chispeante hogar,
por la noche congregados,
de otros viejos venerados
las pláticas escuchar.
Hablaban de nuestras leyes,
que entonces ¡ay! se guardaban,
y de sus dichas hablaban
bajo protectores reyes.
Con santo recogimiento
les oía hora tras hora,
y sus palabras ahora
mas graves sonar las siento.
"¡Cuán dulce es libres vivir!
gritaban con alegría:
si ha de perderse algun dia
este bien, antes morir."
Pues ya lo está; si se alzáran
ahora de su ataud,
al ver nuestra esclavitud,
¿qué piensas tú que intentáran?

TELL. ¿Yo?

BER. Lo que tú intentarás.
Sí, Guillermo, en vano callas:
con tus deseos batallas,
venganza anhelando estás.
Por eso siempre sombrío,
en perpetua agitacion,
huyendo de esta mansion,
evitas el lado mio;
y ocultando tus intentos,
pides en la soledad

al desierto libertad
y furia á los elementos.

TELL. Pues bien, acertaste, sí:
en ira, en furor me abraso.
Mas ¿qué puedo...?

BER. ¿Eres acaso
el solo que sufre, di?
Pasa el lago: en Underval,
en Schwitz, como en esta orilla,
hay quien llora su mancilla,
aguardando una señal.
Dala: todo el que codicia
ser libre, á tí se unirá;
y Dios no abandonará
la causa de la justicia.

TELL. Muger incauta, ¿qué has hecho?
Eso que acabas de hablar
¿sabes tú que hace estallar
tormenta horrible en mi pecho?
Tú me impeles al abismo
de que al borde estoy parado;
y has dicho lo que espantado
yo me ocultaba á mí mismo.
¿Sabe tu ardor lo que pide?
Traer la guerra horrorosa
á esta patria, antes dichosa,
do solo la paz reside.
¿Débil tribu de pastores,
sin mas armas que cayados,
desafiaremos osados
de la tierra á los señores?
Tal vez ansiándolo estan;
que entonces aqui veloces
de sus guerreros feroces
los enjambres lanzarán;
y de estos pueblos sencillos,
ricos tan solo en valor,
despiadado vencedor
vendrá á remachar los grillos.

BER. Hombres sois cual ellos son:
hachas teneis, flechas, lanzas;
y Dios en justas venganzas

ayuda al fuerte varon.

TELL. Horrible azote es la guerra:
el ganado y el pastor
perecen con su furor,
y el redil que los encierra.

BER. Los males que Dios envía
con resignacion suframos;
mas nunca, aunque perezcamos,
de un hombre la tiranía.

TELL. A las llamas nuestras casas
entregarán inhumanos.

BER. ¿No dices que con tus manos
mañana la tuya abrasas?

TELL. ¡Ni en su cuna al tierno niño
perdonan ciegos furores!

BER. En el cielo, entre esplendores,
de Dios le aguarda el cariño.

TELL. Morir lidiando podremos;
mas vosotras, desdichadas...

BER. ¿Ves las cumbres elevadas?
de ellas nos despeñaremos.

TELL. ¡Ah...! ven, te quiero abrazar.
El que oprime en lazo estrecho
contra su pecho tal pecho,
ya puede alegre lidiar.
Por su patria, por sus leyes,
inflamado en santo ardor,
no le han de infundir pavor
los soldados de los reyes.
(*Sale precipitadamente Mectal.*)

ESCENA VII.

DICHOS. MECTAL.

MEC. ¡Ah! Noble Tell, amparadme.

TELL. ¿Qué es lo que miro? ¡Mectal!
¡Vos aqui!

MEC. Salvadme, amigo:
ocultadme por piedad.

TELL. ¿Qué os sucede?

MEC. Me persiguen.

Esta noche, nada mas,
permitid que aqui descanse;
mañana podré pasar
el lago.

TELL. Mas ¿por qué causa...?
Tranquilizaos, hablad.

MEC. Esta mañana labrando
mis campos estaba en paz,
cuando del infame Gesler
me osó un criado insultar.
"Dame esos bueyes, me dijo;
si el villano quiere pan,
del corvo arado en el surco
él mismo debe tirar."
Con indignacion le oí;
pero al mirarle que audaz
pone la mano en la lanza
intentando desatar
los bueyes que roncos mugen
esgrimiendo acá y allá
el asta, cual si mi injuria
tambien quisieran vengar,
alzo la hazada y su frente
hiero con golpe mortal.

BER. ¿Qué habeis hecho?

MEC. ¿Quién pudiera
tal afrenta soportar?
¡Ah! tan solo por mi padre
lo siento: su ancianidad
de mi apoyo necesita,
y ahora le falta ya.

TELL. Nuestras manos, si es preciso,
sus haciendas labrarán.
En tanto podeis aqui
sin cuidado descansar.
Mañana á la opuesta orilla...

WALT. (*Dentro.*)
Venid, venid, aqui está.

TELL. Gente viene... Que no os vean.
En aquella estancia entrad.

ESCENA VIII.

TELL. BERTA. FURST. WERNER. WALTER. MECTAL, oculto.

TELL. ¿Quién será?
BER. ¡Mi padre! ¡Werner!
FUR. ¡Hijos mios!
TELL. ¿A deshoras
vos por aqui...? ¿Qué sucede?
¿Por qué arrostrando las olas
del lago, pasais á Ury?
Werner, ¿qué pena os acosa?
FUR. Huyo aqui de la opresion
que en Underval nos agovia.
WER. Vengo á ver si en esta orilla
verdaderos suizos moran.
TELL. Pechos fieles á la patria;
almas nobles aqui sobran;
mas tambien bajo su yugo
el estrangero nos dobla.
FUR. Allá el tirano la piedra
sobre la piedra amontona,
y bajo moles inmensas
fabrica obscuras mazmorras.
¡Cárceles! Entre nosotros,
desde la edad mas remota,
solo á fabricar sepulcros
la piedra sirvió hasta ahora.
TELL. Y sepulcros son que encierran
la patria bajo su losa.
WER. Reina do quier la opresion;
cada dia, cada hora,
un nuevo atentado nace,
á una maldad sigue otra.
Para saciar del soldado
el hambre devoradora,
mi rebaño, único bien
que me quedaba, me roban.
TELL. ¿Qué mucho, si no respeta
su audacia á nuestras esposas?
Conrado...
FUR. Lo sé, le he visto;

el cielo premie tu obra.
Mas otra mayor crueldad...
TELL. ¡Otra!
FUR. Inaudita... horrorosa.
TELL. ¿Cuál es?
FUR. Mectal...
TELL. ¡Mectal...! ¿Qué?
FUR. Su hijo...
TELL. ¿Y bien?
FUR. En su pronta
indignacion... ¿Quién contiene
la juventud ardorosa?
TELL. Seguid.
FUR. Imprudente, ha osado
herir...
TELL. Lo sé... nadie ignora
el hecho ya... Mas ¿el padre?
¿Qué ha sido de él? (¡Qué zozobra!)
FUR. Llamándole á su presencia:
"á tu hijo sin demora
me has de entregar," dice el fiero
gobernador.
TELL. ¡Monstruo! ¿Y osa
mandar?
FUR. Responde el anciano
que no sabe dó se esconda:
y el tigre manda venir
á sus verdugos.
TELL. (¡Ah! no oiga...)
Callad... No mas.
FUR. "Ya que el hijo
de mi furia vengadora
se ha escapado, dice el monstruo,
la pena al padre se imponga.
Amarradle, y al momento
un hierro sus ojos rompa."
TELL. ¡Gran Dios!
MEC. (*Saliendo de la pieza donde está oculto.*)
¡Sus ojos, decís!
FUR. ¡Mectal aqui!
MEC. ¡Furia odiosa!
¡En sus ojos...!

WER. ¡Desdichado!

MEC. ¡Decid! ¡decid!

FUR. ¡Ah! responda
mi llanto.

MEC. ¡Y yo pude huir!
¡Y él paga mi audacia loca!

TELL. ¡Ah! Calmad...

MEC. ¿Con que está ciego?
¡Ciego mi padre!

FUR. Mi boca
lo ha dicho ya... Sí, del sol
perdió ya la luz hermosa.

MEC. ¡Para siempre...! ¡Para siempre!
¡Ah! ¡La razon me abandona!
¡Dulce presente del cielo
luz pura...! Felices gozan
por tí, cuantos seres pueblan
el mundo, vida dichosa:
aun halagas con amor
la planta que humilde brota;
y ¡envuelto queda mi padre
en eterna, horrible sombra!
¡Ya no verá de los campos
el grato verdor, la alfombra
de sus flores, ni sus ojos
se alegrarán con la aurora!
¡Morir no es nada: no ver
es muerte mas espantosa!
¿Me compadeceis...? ¡Ah! No:
yo veo, pero no logra
mi amor transmitir á un padre
esta dicha, ni una sola
centella del mar de luz
que mis claros ojos colma.

FUR. Calmaos por Dios.

MEC. Dejadme.
Soy un vil... Mi vergonzosa
cobardía, por salvarme
en el riesgo le abandona,
dejando al malvado en prenda
esa cabeza preciosa.
¡Venganza, venganza quiero!

¡La tomaré! ¿Quién lo estorba?
¿Serán sus viles satélites?
No; mi diestra vengadora
entre ellos sabrá alcanzarle.
Me matarán... ¿qué me importa
la muerte, si antes mi acero
sin vida á mis pies le postra,
si el dolor que me desgarra
mi furia en su sangre ahoga!

(*Se oyen fuertes golpes á la puerta de fuera.*)

TELL. Callad.

BER. Que llaman.

WER. ¡Tan tarde!

TELL. ¿Quién puede ser á estas horas?

BER. Voy á ver.

TELL. Deja: yo iré. (*Vase.*)

BER. ¡Ah! llena estoy de zozobra.
¿Serán tal vez los esbirros
que os buscan?

FUR. Luego se esconda.

TELL. (*Volviendo.*)
No temais, amigos mios.
Quien mi pobre albergue honra
es el baron de Atingausen.

FUR. ¡Nuestro protector!

TELL. Apronta,
Berta, segun nuestra usanza,
nuestra hospitalaria copa.

ESCENA IX.

DICHOS. EL BARON.

TELL. Entrad, señor, aqui todos
los que hallareis son amigos.

BAR. Haced que entren mis criados
donde no puedan oirnos.

(*Tell hace una seña á Walter, el cual se marcha.*)

¡Oh! ¡Walter Furst...! ¿Vos aqui?
¿Y vos, Werner! Mas ¿qué miro?
¡El jóven Mectal!

MEC. ¡Señor!

BAR. ¡Corre tu llanto...! ¿Te han dicho...?
MEC. Sé que existe un hombre infame,
y ¡aun vengarme no he podido!
BAR. Los cielos saben el crimen
y en su justicia confio.
TELL. Sentaos, señor.
BAR. Sí haré,
que me ha cansado el camino.
TELL. ¡A vuestra edad, y tan tarde!
¿Qué poderoso motivo...?
BAR. Soy viejo, sí; ya mi brazo
no tiene el antiguo brio,
y ¡harto lo siento...! que solo
cuando jóven, enemigos
buscaba lejos, y ahora
cerca habrá que combatirlos.
BER. (*Presentándole una copa.*)
Dignaos, señor, tomar
la copa que un uso antiguo
manda presentar al huésped
que en nuestra casa admitimos.
BAR. Por quien la presenta, aun mas
que por el uso, la admito.
(*Toma la copa y la prueba.*)
Segun es uso, tambien
deben probar de este vino
cuantos presentes se encuentran.
Tomad. (*Se la da á Tell.*)
TELL. Con vuestro permiso.
(*La va á llenar y vierte el licor.*)
BAR. ¿Qué veo...? ¡Tiembla esa mano,
y en tierra el licor vertido...!
¿Yo anciano débil, la copa
al labio segura arrimo,
y vos, jóven todavía,
temblais...? La causa adivino.
Es de furor.
TELL. ¡De furor!
BAR. Sí, Guillermo... Y es el mismo
que de cuantos aqui estan,
en el semblante distingo.
MEC. ¿A qué negarlo? En nosotros

arde furor vengativo;
y há menester verter sangre,
cual yo derramo este líquido.
(*Toma la copa y la tira.*)

TELL. Mañana será esta casa
de otro dueño, si no evito
yo mismo, dándola fuego,
se cumpla el decreto inicuo.

WER. Yo sin bienes, sin ganados,
soy ya solo un vil mendigo.

FUR. ¡Ah...! contened esa furia.

BAR. No, no; dejadla, la admiro,
me gozo en ella, y tan solo
á presenciarla he venido.
Yo, anciano triste, habitante
de solitario castillo,
que á cada momento aguardo
bajar al sepulcro frio,
siento tambien que mi helada
sangre nuevamente ha hervido.
De nuestra patria los males
con indignacion he visto,
y aplicar remedio pronto
conozco ya que es preciso.
Si hoy, cual antes, el acero
con fuerte brazo no esgrimo,
aun del noble corazon
no se halla el aliento estinto,
y si no para lidiar,
para el consejo bien sirvo.
"Recorramos estos valles,
estas neveras, me he dicho:
el lago, la cumbre helada,
la llanura, el monte, el risco,
pechos tienen que á mi voz
respondan con fiel latido;
y en manos de los pastores
pronto el cayado pacífico
se verá por la venganza
en espadas convertido.
Al noble en tamaña empresa
corresponde dar el grito;

que si á su causa los pueblos
ven que el noble marcha unido,
el alto ejemplo emulando
¿quién podrá ya resistirlos?"

MEC. Nadie, y al vil estrangero
ya miro á mis pies rendido.
El grito que da el anciano,
yo, el mas jóven, le repito.
¡Venganza, amigos, venganza!

WER. Sí; que rebosando miro
la copa del sufrimiento:
ya esperar no es permitido.

TELL. ¿Qué pudieramos temer?
¿La muerte...? Es un beneficio.

FUR. ¿Responderán los cantones
á tan audaces designios?

TELL. Soy en Ury respetado;
tengo amigos decididos
que todos darán su sangre
por quebrantar nuestros grillos.

MEC. Underval, no lo dudeis,
que ha visto el agravio mio,
para defender la patria
acudirá con sus hijos.

WER. Y Schwitz, si sus dos hermanos
le dan ejemplo tan digno,
no será tampoco infiel
á nuestros pactos antiguos.

BAR. Pues bien, oid mi consejo.
Al ancho lago contiguo,
entre espesos matorrales
existe un secreto asilo,
un prado que con el nombre
es de Rutlí cononocido.
Alli cada cual de noche
(*A Tell y Mectal.*)
con diez seguros amigos
podeis de Underval y Ury
ir por ignotos caminos:
y de Schwitz ligero esquife
(*A Warner.*)
á vos puede conduciros.

Lo que conviene á la patria
discutiremos unidos,
y en que nos inspire Dios
un noble esfuerzo confio.

TELL. Hágase asi.

BAR. Dadme todos
las manos. Sea este el signo
de la indisoluble union
que á establecer decididos
los tres cantones estan.

TELL. FUR. WER. Lo será.

BAR. Vendreis conmigo,
Werner y Furst. Al tirano
mañana hablar determino.
Si desoye mis consejos,
si á nuestros males alivio
rehusa dar, no hay recurso:
á las armas.

WER. FUR. Ya os seguimos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Plaza pública en el pueblo de Altorf. Las casas son rústicas y bajas; y por cima de ellas se descubrirán á lo lejos los montes cubiertos de nieve. A la derecha del actor una casa grande, de construccion gótica, que sirve de palacio al gobernador, y á cuya puerta, practicable, se subirá por varios escalones: encima de la puerta un ancho balcon, tambien practicable. A la izquierda hácia el foro, un castillo á medio construir, rodeado de andamios y de piedras que se estan labrando. Hácia el proscenio, por ambos lados, árboles con un banco de piedra debajo de los de la izquierda.

ESCENA PRIMERA

CAPATAZ. OBREROS.

(*Al levantarse el telon estan muchos obreros trabajando en la construccion del castillo. Los unos estan picando las piedras, otros revolviendo la cal, otros llevando cubos, otros cargas de ladrillos, &c. El capataz en medio del teatro, con un palo en la mano, los anima al trabajo.*)

CAP. Ea, canalla maldita,
trabajad, no haya descanso;
llevad piedras, cal, madera,
y que al venir vuestro amo
el gobernador, conozca
que ha adelantado el trabajo.
(*A un obrero que lleva una piedra á cuestas.*)
¡Cómo! ¿Es eso lo que llevas?
¡Linda carga!

OB. 1.º ¡Harto pesado

es ya las piedras llevar
con que encierros nos labramos.

CAP. ¿Murmuras? Deja, bribon,
yo te haré probar el palo.

OB. 2°. (*Es un anciano que lleva una espuerta de tierra y se sienta rendido en una piedra.*)
No puedo mas.

CAP. ¿Qué haces tú?
¿te sientas?

OB. 3.° (*Que estará picando una piedra.*)
Es un anciano,
y ya le faltan las fuerzas.

CAP. ¡Mándria, arriba!

OB. 2.° ¡Cielo santo,
valedme!
(*Continúa con su carga.*)

OB. 3.° ¿Qué nombre tiene
este castillo que alzamos?

CAP. El terror de Ury.

OB. 3.° ¿Con esto
imaginais sujetarnos?

CAP. Mucho que sí.

OB. 3.° Pues nosotros
tenemos fuertes mas altos.

CAP. ¿Cuáles son?

OB. 3.° Nuestras montañas.

CAP. ¡Gran cosa!

OB. 3.° Sí, sí, burlaos.

CAP. ¡Eh! basta ya de charlar.
Trabajad, viles esclavos.

ESCENA II.

DICHOS. EL BARON. WERNER. FURST.

WER. Esta es la plaza de Altorf.

BAR. Sí, y aquel es el palacio
del gobernador... Y ¿aquello?

WER. El fuerte que está labrando.

BAR. Antes que llegue á su fin
puede que se venga abajo.

FUR. Oiga el cielo vuestros votos;

BAR. Confio en su justo fallo.
FUR. Cerca está mi habitacion:
aunque de huésped tan alto
es indigna, si gustais
con vuestra presencia honrarnos...
BAR. Id á ella y esperadme,
que no tardaré en buscaros.
Primero he de hablar á Gesler.
WER. Es su corazon de marmol;
y nada conseguireis.
BAR. Id; no importa.
FUR. Os aguardamos. (*Vanse.*)
CAP. (*A los obreros.*)
Las sombras señalan ya
el medio dia; id un rato
á descansar, pero pronto
volved sin falta, villanos.
(*Vanse capataz y obreros.*)

ESCENA III.

EL BARON. Luego ULRICO.

BAR. (*Solo.*) Dios piadoso, haced que baje
la persuasion á mis labios,
y de esta tierra apartad
las desgracias que presagio.
Vamos... ¿Mas qué miro...? Aquel
que aqui dirige sus pasos,
¿no es Ulrico mi sobrino?
¡Sí, sí, él es... Ulrico amado!
ULR. ¡Señor...! ¿Vos aquí?
BAR. Yo soy:
dame, querido, un abrazo.
ULR. Pensé que en vuestro castillo
aun estábais retirado.
BAR. Aqui, á pesar de mi edad,
me traen negocios árduos.
Mas yo te hacia en la corte
del emperador.
ULR. Acabo
de llegar. Cierto mensage,

por orden del soberano,
he traido para Gesler,
y de entregársele salgo.

BAR. A tiempo llegas, Ulrico;
que en breve tal vez tu brazo
para defender la patria
aqui será necesario.

ULR. ¿Quién la amenaza? decid:
¿qué enemigos han osado...?

BAR. Dentro estan sus enemigos;
y no con incierto amago
nos dan temor, que en las frentes
pesa ya su yugo infando.

ULR. Pero ¿quiénes...?

BAR. Orgullosos,
llamándose nuestros amos,
al que hasta aqui fuera amigo
quieren trocar en esclavo.

ULR. ¿Qué escucho...? ¿Aludís, señor,
por ventura á los austriacos?

BAR. De esos hablo, Ulrico.

ULR. ¡Cielos!
Y ¿osais...? ¿habeis olvidado
que súbditos del imperio...?

BAR. Mas no del Austria vasallos.

ULR. Callad, señor; á la casa
de Hapsbourg ser fiel he jurado.

BAR. Y nosotros, cual debemos,
sus cadenas rechazamos.
¡Ah! ¡Ulrico...! Miro en tu frente
brillar el luciente casco
sobre el cual de leves plumas
se agita airoso penacho:
tus vestidos de oro y seda
del sol imitan los rayos,
y con orgullo en los hombros
recoges purpúreo manto.
¿Será que esas ricas galas
tu corazon transformando,
te hagan mirar con desden
la patria que te ha criado?

ULR. No, señor; mas me cansaban

estos sitios solitarios:
Siempre seguir en los bosques
el oso ó ligero gamo,
escuchar la triste esquila
que marca el rumbo al ganado,
ó el *ranz*, eterna cancion
que va el zagal entonando,
de un jóven noble y valiente
¿son la ocupacion acaso?
En los muros del castillo
mi casco y peto colgados,
ya de vergonzoso orin
se iban ociosos tomando:
yo anhelaba de la gloria
correr al sangriento campo,
oir la trompa guerrera,
ceñir mi frente de lauro,
y en los fastos del imperio
dejar mi nombre grabado.

BAR. ¡Imprudente! ¡De tu patria
despreciás los usos santos!
Estos montes, estos valles,
los recordarás llorando
cuando en la tierra estrangera
vagues de ellos apartado;
y esos cantos pastoriles
que ahora desdeñas tanto,
cual música deliciosa
los repetirán tus labios.
¿Qué vas en la corte á ser?
De altivo señor, criado:
en vez que aqui, entre los tuyos,
eres el señor, el amo,
rey de tus propias haciendas,
de tus tierras soberano.

ULR. Y ¿cuál es vuestro destino?
Sentado en humilde escaño,
dividís con los pastores
tristes populares cargos;
mientras al lado de un rey,
con sus favores honrado,
fácil os fuera en su corte

brillar entre los mas altos.
BAR. Jamas.
ULR. Pensad que á sus armas
resistiremos en vano.
El mundo es suyo: nos cercan
por donde quier sus estados;
y cuando yace á sus pies
Germania, y le teme el franco,
¿ha de conseguir vencerle
de pastores un puñado?
BAR. Te engañas. Yo veces mil
los llevé de gloria al campo,
y ¡ay del que atarnos intente
al yugo que rechazamos!
Recuerda tu altiva estirpe;
y no por un brillo falso,
la felicidad deseches
que hoy te brinda con sus brazos.
Ser gefe de un pueblo libre
por solo el amor guiado,
y que en el peligro fiel,
por tí morirá lidiando,
en esto deben tu gloria
y tu orgullo estar cifrados.
Renueva, pues, caro Ulrico,
esos naturales lazos,
y á la patria que te llama
presta tu acero y tu mano.
Aqui verás tu poder
en base firme asentado,
mientras solo en ese mundo
para tí falaz, estraño,
caña serás que se tronche
al menor viento contrario.
ULR. ¡Ah! Ved al gobernador.
Sellad, señor, ese labio.
(*Salen del palacio Gesler y Roberto.*)

ESCENA IV.

DICHOS. GESLER. ROBERTO.

GES. ¿Qué es eso? ¿Han dejado ya

de trabajar?

ROB. Es la hora.
Trabajan desde la aurora.

GES. Asi tan despacio va.
De hoy mas tan solo concedo
media hora de reposo:
á este pueblo perezoso
jamas avivarle puedo.

BAR. (Harto en breve probarás
su actividad y energía.)

GES. Yo sabré, por vida mia,
hacer que trabaje mas.
¿Aun estais, Rudenz, aqui?
Mas ¿qué veo? ¡El buen baron!
¡Vos en Altorf...! ¿Qué ocasion
nos procura...?

BAR. Os busco.

GES. ¿A mí?
Lo estraño. En vuestro castillo
encerrado sin cesar,
no habeis querido aumentar
de estos lugares el brillo.

BAR. Un triste anciano, señor,
ya cascado por la edad,
mas causa importunidad
que da á una corte esplendor.

GES. Pero en un noble es deber
servir á su soberano.

BAR. Yo no rehuso, aunque anciano,
por él mi sangre verter;
y si en las lides, por viejo,
ya servirle no me es dado,
á fuer de esperimentado
puedo dar un buen consejo.

GES. Y de ellos, baron, á fé,
escaso nunca habeis sido.
Alguno os he ya sufrido.

BAR. Pues otro ahora os daré.

GES. Con solo veros aqui
ya al sermon debí esperarme.

BAR. Si os molesta el escucharme...

GES. Es diversion para mí.

Hablad, ya os oigo.

BAR. El lugar
no me parece oportuno.

GES. ¿Cómo? Al contrario: ninguno
se puede mejor hallar.
Sombra los árboles dan,
aquí tenemos asiento,
y al verme, á escuchar el cuento
los curiosos no vendrán.

BAR. Lo que os tengo que decir
no es cosa que ocultar quiero:
y á escucharlo, el orbe entero
puede, en cuanto á mí, venir.

GES. Pues bien, entonces, hablad:
y por Dios que acabeis luego. (*Se sienta.*)

BAR. Ser difuso, no lo niego,
es defecto de la edad.
Mas, pues que abrevie quereis,
os diré, señor, en suma,
que harto á este pais abruma
el yugo que le imponeis.
Tratarle con tal rigor
es, tras de injusto, inhumano,
y para ser un tirano
no os mandó el emperador.
Gobernadores Helvecia
antes que vos ha tenido,
y jamas han infringido
los fueros que tanto aprecia;
fueros que pacto de union
espresan, no cautiverio;
pues los suizos, del imperio,
no siervos, aliados son.
Para acatar al monarca
á quien servimos fielmente,
no ha menester nuestra frente
llevar de esclavos la marca.
Ni esos fuertes torreones
guardarán nuestra lealtad;
que mas segura, en verdad,
se halla en nuestros corazones.

GES. Proseguid.

BAR. Me habeis mandado
ser breve, vuestro deseo
he cumplido, y sin rodeo
breve y claro me he esplicado.

GES. Lo veo. Mas ¿nada mas
teneis que añadir?

BAR. Pudiera.

GES. No os dé empacho; pues quisiera
oir tambien lo demas.

BAR. Debiera la fiel pintura
de nuestros males hacer;
mas temo no he de poder
trazar tanta desventura.
¿Cómo pintar al anciano
arrancado de su hogar,
que mira el triste ocupar
por estrangero inhumano?
¿Y al jóven activo y fuerte
sumido en negra prision
mientras el fiero sayon
va á darle traidora muerte?
¿Y á la esposa, en su dolor,
las caras prendas llorando,
ó escondida recelando
la pérdida de su honor?
¿Y al padre porque tal vez
no son sus hijos hallados,
ambos ojos arrancados,
ya sin luz en su vejez?
No me es dable encontrar, no,
para tal cuadro colores:
ni hacen falta; esos horrores
los sabeis mejor que yo.

GES. Ya lo veis: con atencion
os oigo. Querreis decir
tanto quejarse y plañir
¿á qué viene en conclusion?

BAR. A decir que es tiempo ya
que tanto sufrir se acabe;
pues Dios solamente sabe
el término que tendrá.
No tanto al pueblo se acose;

que aunque en sufrir no es escaso,
tan lleno se encuentra el vaso,
que en breve tal vez rebose;
y esto tened bien presente:
si se le obliga á elegir,
entre la infamia y morir
no duda un pueblo valiente.

GES. ¿Será á rebelarse osado?

BAR. Humilde, aunque perezoso,
el surco traza penoso
uncido el buey al arado;
mas vuélvese con furor
como el aguijon le inquiete,
y con el asta arremete
al injusto labrador.

GES. Si, cual pretendeis, yo fuera
de sangre y muertes amigo,
vuestra cabeza en castigo
hoy á mis plantas cayera;
mas por caduco os perdono;
que aunque aniquilaros pueda,
la poca vida que os queda
no es digna ya de mi encono:
antes tanta senectud
me duele, porque quizá
de Suiza no logrará
ver la entera esclavitud:
mas yo lo haré de tal suerte,
que antes que sujeta esté,
por gran prisa que se dé,
no os ha de alcanzar la muerte.
Álcese el pueblo en buen hora,
en ello me hará un servicio;
que asi verterá el suplicio
su sangre vil y traidora.
Pero no lo hará; que el cuello
tiende humilde á la coyunda,
y con sumision profunda,
de esclavo recibe el sello;
y porque llegueis á ver
cuánto teme mis enojos,
una prueba á vuestros ojos

ahora mismo he de hacer.
Roberto, oid.
(*Le habla al oido.*)
ULR. (*Bajo al baron.*)
¿Qué habeis hecho?
¿A qué concitar sus iras?
BAR. Ulrico, ¿de qué te admiras?
De duro bronce es su pecho.
ROB. (*A Gesler.*) Obedecido sereis.
GES. Que todo se haga al momento. (*Vase Roberto.*)
BAR. ¿Cuál es, señor, vuestro intento?
GES. Esperad y lo vereis. (*Vase.*)

ESCENA V.

EL BARON. ULRICO.

ULR. ¡Ah! temo, señor, que en vos
se ejerza su rencor fiero.
BAR. Mande, si quiere, al verdugo,
á morir estoy dispuesto;
mas no en mí se ensañarán
sus iras, sino en el pueblo;
pues bien conoce el malvado
que asi mas me aflige el pecho.
(*Óyense clarines.*)
ULR. ¿Qué indican esos clarines?
BAR. Al pueblo llaman sus ecos.
ULR. No sé qué temor me inspiran.
BAR. Aun su intencion no penetro.

ESCENA VI.

DICHOS. WERNER. FURST. PUEBLO.

(*El teatro se va llenando poco á poco de pueblo, hombres, mugeres y niños, que salen atemorizados y como preguntándose unos á otros lo que hay.*)

FUR. ¿Aun estais aqui, señor?
BAR. Sí, Furst, aqui esperar debo.

WER. ¿Por qué nos llama el clarin?
BAR. Lo ignoro... Pronto veremos...
WER. Siempre para nuevos males
puebla los aires su acento.
BAR. Harto lo temo; que Gesler
se fué con airado ceño.
WER. ¿Habéisle visto?
BAR. Sí, Werner:
ya nada de él esperemos.
Solo opresion y suplicios...
WER. Pues ¿á qué aguardar...? Ya es tiempo...
ULR. Mirad. (*Señalando al foro.*)
BAR. ¿Qué puede indicar
en la lanza aquel sombrero?

ESCENA VII.

DICHOS. ROBERTO. SOLDADOS.

(*Sale Roberto seguido de numerosa escolta: trae en la mano una lanza, en la cual habrá un sombrero, y la clava en medio del teatro, formando detras los soldados. El pueblo se aleja atemorizado á los estremos de la escena.*)

ROB. Pueblo de Ury, moradores
de Altorf, oid en silencio.
Este sombrero que veis
en el alto lanzon puesto,
es, miradle atentamente,
del gobernador escelso.
En señal de sumision
todos ante él con respeto
habeis de inclinar la frente;
y la rodilla en el suelo,
cual si fuese el mismo rey,
darle el justo acatamiento.
Asi se distinguirá
el mal vasallo del bueno;
y el que niegue este homenage,
por rebelde infame preso,
será de su bien privado,

ó vendido como siervo.

(*Murmullo general en el pueblo.*)

BAR. ¡Oh afrenta!

FUR. ¡Esto nos exigen!

WER. ¡Este escarnio sufriremos!

BAR. ¡Si del alto emperador
la corona fuese al menos!

WER. ¡El sombrero que de un monstruo
la indigna frente ha cubierto!

ROB. ¿Habeis oido? Humillaos.

PUEB. No, no.

ROB. ¿Resistís?

WER. Perverso,
¿eso mandas?

ROB. ¡Miserables!

PUEB. ¡Afuera, afuera el sombrero!

ESCENA VIII.

DICHOS. GESLER, en el balcon.

GES. ¿Qué es esto? ¿Qué osadas voces?
¿Quién resiste á mis decretos?

(*El pueblo enmudece, y se quitan todos el sombrero.*)

¡Ah! Por fin enmudeceis.
¡Ahora os descubrís, soberbios!
No basta: sé que no osais
contemplar mi adusto ceño;
sé que con una mirada,
siervos viles, os aterro;
pero infundiros pavor
aun estando ausente quiero;
quiero que solo á mi nombre
hundais la frente en el cieno,
y hasta que os turbe y asuste
mi faz terrible en el sueño.
Pueblo de Altorf, ya has oido:
ante aquel signo al momento
inclínate, yo lo mando.
Soldados, estad dispuestos,
y la cabeza que erguida
aun ose estar, caiga al suelo.

(*Se inclinan todos.*)

WER. Pues bien, yo...
BAR. (*Bajo.*) Prudencia, Werner.
WER. ¿Quereis que...?
BAR. Disimulemos.
Aun mas bajo que las vuestras
su cabeza caerá luego.
ULR. Yo ante el soberano solo
me postro á fuer de guerrero.
BAR. Y á fuer de noble y baron,
cubierto y en pie me quedo.
GES. Yo juro que antes de poco
no han de valer esos fueros.
Mas por ahora, Atingausen,
puedes quedar satisfecho:
ese pueblo altivo y fuerte,
mira si humilde le tengo. (*Se retira.*)
WER. ¡Oh rabia!
FUR. ¡Y esto sufrimos!
BAR. Reprimirme apenas puedo.
¿Ves, Ulrico, ves la mengua
á que entregados nos vemos?
ULR. ¡Ah! de que llegue á mandarme
ese loco me avergüenzo.
BAR. Vámonos pronto de aqui:
ya es preciso que tratemos...
FUR. Venid, señor: en mi casa
podeis descansar, y luego...
BAR. Vamos.

(*El pueblo se va retirando poco á poco. El Baron, Ulrico, Werner y Furst, confundidos entre los pocos que quedan, se dirigen á paso lento hácia el foro de la derecha. Salen Tell, Berta y Walter por la parte opuesta.*)

ESCENA IX.

TELL. BERTA. EL BARON. ULRICO. FURST. WALTER. ROBERTO. SOLDADOS. PUEBLO.

TELL. Llegamos por fin:
desde aqui la casa veo (*A Berta.*)
de tu padre: alli podreis
estar los dos mientras vuelvo.
WALT. Padre, ¿qué quiere decir

en la lanza aquel sombrero?

TELL. No sé: ¿mas qué nos importa?
Vamos, no perdamos tiempo.

(*Van á pasar por delante del sombrero. Roberto los detiene.*)

ROB. Detente.

TELL. ¿Qué me quereis?

ROB. Que cumplas la orden quiero.
Saluda el sombrero.

TELL. ¿Yo?

ROB. Sí, tú y todos.

TELL. ¡Vaya un necio!
Dejadme que siga en paz
mi camino.

ROB. Date preso.

TELL. ¡Preso!

WALT. ¡Mi padre!

BER. ¡Mi esposo!

(*El Baron, Werner y Furst, al oir las voces, se paran y vuelven, y conocen á Tell.*)

WER. ¡Cielos! ¿Qué miro? ¡Guillermo!

BAR. ¡Tell!

ROB. A la carcel.

TELL. Dejadme.
Loco estais.

ROB. (*A los soldados.*)
Prendedle luego.

BER. ¡Gran Dios!

WALT. ¡Socorro! ¡Socorro!

(*Se acercan el Baron, Ulrico, Werner, Furst. El pueblo vuelve, y llena de nuevo el teatro.*)

FUR. ¡Hija!

BER. ¡Padre!

WALT. Defendednos:
se llevan preso á mi padre.

BAR. ¿Por qué le prendeis, Roberto?

ROB. Por traidor.

TELL. ¿Quién? ¡Yo traidor!

ROB. Por enemigo soberbio
del emperador.

TELL. Mentira.

BAR. Os engañais.

FUR. Es mi yerno:
yo salgo por él.
ROB. Y á tí,
¿quién te fia?
BAR. Mas ¿qué ha hecho?
ROB. No saludar...
BAR. ¿Es posible?
¿Prenderle quereis por eso?
WER. Es una infamia.
FUR. ¡Prudencia!
WER. ¡Tanto sufrir no podemos!
¡Prender á un hombre de bien
con tan frívolo pretesto!
HOM. 1.° Ya es por demas.
HOM. 2.° Es preciso
tomar venganza.
WER. Sí, pueblo.
¡Venganza!
PUEB. ¡Muera el malvado!
ROB. ¿Os rebelais?
BAR. Conteneos.
TELL. Callad; pues si yo quisiera,
ya estaria á mis pies muerto.
ROB. ¿Qué escucho?
WER. De entre nosotros
no te han de arrancar.
ROB. Veremos.
¡Soldados!
WER. No hay que temer:
muramos todos primero.
PUEB. ¡A ellos!
BAR. ¿Qué haceis, incautos?
¡Estais sin armas!
PUEB. ¡A ellos!
ROB. Yo los sabré castigar.
Soldados, despejad presto.

(*Los soldados bajan las lanzas, y se preparan á acometer al pueblo. El pueblo toma una actitud amenazadora, queriéndose defender con palos y piedras. Sale Gesler, y atravesando por entre los soldados, se presenta en medio de la escena. Al verle, todos se contienen.*)

ESCENA X.

DICHOS. GESLER.

GES. ¿Qué escucho? ¿De ese pueblo temerario
aun osa el grito penetrar mi estancia?
¿No le bastan acaso los castigos?
¿Quién le puede inspirar tan nueva audacia?
ROB. Señor, este insolente, que desprecia
de sus amos las órdenes sagradas;
y ante ese signo que acatar le mando
sin doblar la rodilla altivo pasa.
GES. ¿Qué miro? ¡Tell!
TELL. Señor..:
GES. Ya te conozco;
y sé hasta dónde tu insolencia alcanza.
¿Asi la autoridad, necio, desdeñas
del alto emperador, de tu monarca,
y el odio criminal que allá en tu pecho
alimentando estás, traidor, declaras?
TELL. Os engañais, señor, podeis creerme:
vuestros altos preceptos ignoraba;
y si no he saludado ese sombrero,
error tan solo ha sido, no jactancia.
GES. Mientes, infame, por desprecio ha sido.
Pero ¿qué llego á ver? ¿Llevas tus armas?
TELL. Es la ballesta que á cazar me sirve,
y siempre á todas partes me acompaña.
GES. Dicen que en ella tu destreza es grande,
y el blanco nunca yerras que señalas.
WALT. Eso es cierto, señor: y á los cien pasos
en el arbol abate una manzana.
GES. ¿Quién este jóven es?
TELL. El hijo mio.
GES. ¿Es único?
TELL. Otro tengo.
GES. Y ¿á cuál amas,
dime, mas de los dos?
TELL. Siendo su padre,
la pregunta, señor, es escusada.
GES. Pues bien, quiero á mis ojos que una prueba
de esa destreza des que tanto alaban.

¿Una manzana abates á cien pasos?
Id, traedla, Roberto. (*Vase Roberto.*)
Colocada
en la cabeza misma de tu hijo,
prepárate, Guillermo, á derribarla.

BER. ¡Cielos! (*Murmullos del pueblo.*)

TELL. ¿Qué osais decir? No, no es posible,
señor, que eso mandeis.

BAR. ¡Qué horror!

WER. ¡Oh infamia!

GES. ¿Qué murmullos son esos? Si alguien osa
siquiera respirar, yo haré que caiga
al punto su cabeza.

BER. Soy su madre,
y no me arredran, no, las amenazas.

TELL. Calla, Berta. — Por Dios, ved que es horrible
eso que pretendeis. ¡Yo, yo asestara
contra mi hijo... Os burlais... ó estais demente.
Eso á un padre, señor, nunca se manda.

GES. Pues yo lo quiero, yo.

TELL. No teneis hijos;
no conoceis de un padre las entrañas.

GES. ¿De qué te dueles? ¡Perecer debieras,
y aun te permito conquistar tu gracia,
dejando tu destino entre esas manos
que el tiro sin errar siempre disparan!

TELL. Pero ¿no veis, señor, que es la cabeza
de mi hijo el blanco horrible?

GES. ¿Qué te espanta?
Asi mas gloria adquirirá tu nombre
si le dejas ileso. Si le matas,
tambien perecerás.

TELL. Tomad mi sangre,
yo os la entrego gustoso.

GES. Ea, abrid plaza.
(*Tomando la manzana de manos de Roberto, que ha vuelto con ella.*)
La manzana está aqui. — Guillermo, toma.
Te doy ochenta pasos. ¿No te jactas
de tocar á los ciento? Pues te dejo,
admira mi bondad, esta ventaja.

BER. ¡Monstruo infame!

BAR. Señor, ¿osais...?
GES. Buen viejo,
vuestras reconvenciones ya me cansan.
Callad.
ULR. Gobernador: ya no hay prudencia
do la severidad se trueca en saña;
y hasta el arco flexible, si encorvarle
mas de lo justo se pretende, estalla.
GES. ¿Quién os pide consejos? Solo os cumple
callar y obedecer.
ULR. Hablar me agrada.
Esa conducta atroz que odios concita,
del alto emperador la gloria empaña.
No es tal su voluntad; yo le vendiera
y á mi patria tambien, si mas callara.
GES. ¿Asi, traidor, á tu señor injurias?
ULR. ¿Qué oigo? ¿vos mi señor? ¡Necia jactancia!
Yo marcho igual á vos, cual vos soy libre,
y tengo un noble escudo, y ciño espada:
os arrojo mi guante; y si sois noble,
la ley de caballero alzarle os manda.
GES. Yo le recogeré; pero entre tanto
mi voluntad se cumpla sin tardanza.
Vamos, Guillermo, pronto.
BER. ¡Ah! no, teneos.
¡Señor, piedad, piedad...! A vuestras plantas
una madre infeliz...
WALT. ¿Qué haceis? Alzaos.
No os postreis ante un bárbaro sin alma.
¿Cuál mi puesto ha de ser? En él al punto
yo me colocaré. No temo nada;
que no ha de herir el corazon de un hijo,
el que en su raudo vuelo al ave alcanza.
TELL. ¡Ah! ¡hijo mio!
WER. Señor, sus tiernos años,
su valor, su inocencia, ¿no os apiadan?
BAR. Existe un Dios: temed que en vuestra frente
de su justo castigo el rayo caiga.
GES. (*A Roberto entregándole la manzana.*)
Atadle á un arbol.
WALT. ¿Qué decís? ¡Atarme!
Eso no lo consiento, ni hace falta.

Quieto estaré, sin respirar siquiera.

ROB. Ponte esta venda al menos.

WALT. Apartadla.
Sin miedo el tiro de mi padre aguardo.
Ánimo, pues, señor: adonde raya
vuestro acierto mostrad; y ese mal hombre,
si abriga de mi muerte la esperanza,
mire rabioso que certero golpe
la verde poma sin herirme pasa.

(*Se va á colocar junto á un arbol y ponen la manzana en su cabeza.*)

WER. ¿Y habremos de sufrir...?

PUEB. Nunca.

GES. ¡Silencio!

BAR. ¡Cuándo el dia vendrá de la venganza!

GES. Es ya mucho tardar. Obedecedme.

TELL. ¿Con que en fin ha de ser?

GES. Tira, ¿qué aguardas?

TELL. (*Armando la ballesta, y poniendo en ella una flecha.*)
Bien... Apartad... Dejadme trecho.

BER. ¿Qué haces?
¿Guillermo? ¿Y osarás...! No... Maldad tanta
no puedes cometer... Tu mano tiembla...
Te estremeces... Vacilas... ¡Ah! le matas,
le matas sin remedio.

TELL. (*Dejando caer la ballesta.*) ¡Yo...! No... nunca.
¡Imposible! ¡Fallezco! Mi ofuscada
vista, confusos los objetos mira...

PUEB. ¡Gran Dios...!

TELL. ¡Ah! por piedad, señor; las ansias
de un padre contemplad... Este suplicio
escede á mi valor... Con vuestra espada
mi pecho traspasad... Yo os le presento...
herid, y que mi vida os satisfaga.

GES. Yo no quiero tu vida... Solo exijo
que dispares tu flecha. Pronto, acaba.

(*Tell manifiesta en su semblante la lucha interior que le conmueve. Sus manos tiemblan: sus ojos se dirigen, ya hácia Gesler, ya hácia el cielo. De pronto lleva la mano á su aljaba, saca otra flecha, y la oculta en el pecho. Gesler observa todos sus movimientos.*)

TELL. (¡Valor, cielos, valor...! ¡Ah! si primero...
No... despues.)

WALT. Disparad: como una estátua
firme aguardo.

TELL. (*Con resolucion desesperada.*)
Sí, sí.

BER. (*Asiendo del brazo á Guillermo.*)
No: de tu brazo
colgada quedaré. Nadie me arranca
de aqui. No tirarás.

GES. Ya que no quieres,
caiga al momento del verdugo el hacha...

BER. (*Arrojándose á los pies de Gesler.*)
¡Ah! ¿qué decís? Señor... Mirad mi llanto...
¿El llanto de una madre no os ablanda?
Es mi hijo, mi hijo amado, mi consuelo.
¿Sabeis, señor, lo que es un hijo?

GES. ¡Eh! basta.

BER. ¡Bárbaro! ¡Monstruo vil...! Mas no... ¿Qué hago?
Yo deliro... Mirad... aqui postrada...
vuestra piedad imploro.

GES. ¡Oh! ¡Qué enfadosa!
Vete de aqui.

BER. Jamas. A vos se agarra
esta madre afligida... No, no os suelta:
ó perdonad á su hijo, ó bien matadla.

(*Durante el anterior diálogo, Tell ha disparado la flecha. Grito general del pueblo.*)

PUEB. ¡Ah!

BER. ¿Qué es eso? (*Alzándose.*)

PUEB. ¡Victoria!

GES. ¡Cómo!

WALT. (*Acudiendo con la manzana en la mano traspasada por la flecha.*)
Padre,
¿no lo decia yo? ¡Ved la manzana!

GES. ¡Abatida!

(*Tell despues de haber tirado la flecha, se ha quedado con el cuerpo inclinado, como si quisiese seguirla. La ballesta cae de sus manos. Al ver á su hijo que viene hácia él corre á su encuentro, con los brazos abiertos, y le estrecha al corazon, enagenado de gozo.*

En esto, las fuerzas le faltan, y cae sin sentido. Todos acuden hácia él.)

TELL. ¡Hijo mio!

GES. ¡Oh rabia!

BER. ¿Es cierto?

WALT. Mirad, madre, mirad. (*Le da la manzana.*)

BER. (*Con estremada alegria.*) ¡Ay! Sí.

GES. ¿Me engañas?

BER. (*Enseñando á Gesler la manzana con la flecha.*)
Atravesada está. Vedla... (¡Oh, si fuera
tu corazon!)

GES. (*Con despecho.*) No hay duda.

BAR. ¡Oh Dios, guiada
la flecha fué por tí...! Pero Guillermo...
Desfallecido...

WALT. ¡Padre!

BER. ¡Oh Vírgen Santa!

BAR. Socorredle.

WER. Ya vuelve.

TELL. ¿Dónde... dónde
se halla mi hijo...?

WALT. Aqui está.

TELL. ¡Prenda del alma!
Ven... ven... ¿Estás herido?

WALT. No.

TELL. Ven... Deja
que te examine... No... ¡Dios mio... gracias!

BAR. Ya libre, Tell, estás. Marchemos lejos
de este sitio de horror.

FUR. Venid; mi estancia
hoy abrigo os dará.

TELL. Sí, vamos... vamos.

GES. Escucha, Tell.

TELL. Señor.

BAR. (¿Qué nueva infamia...?)

GES. En el pecho te vi segunda flecha
cuidadoso ocultar.

TELL. ¿Yo?

GES. ¿Qué intentabas
hacer con ella, di?

TELL. De los arqueros
es costumbre, señor.

GES. Disculpa vana.
Otro tu intento fué. Si me le dices,
de perdonar tu vida doy palabra.

TELL. Pues bien, es cierto: vedla... A traspasaros
con ella el corazon la destinaba.
Si herido hubiese á mi hijo, estaba pronta;
y... me podeis creer... yo no os errara.

GES. ¡Infeliz...! Pagarás... Si á perdonarte
la vida mi palabra está empeñada,
en eterna prision...

BER. ¿Qué escucho?

GES. Al punto
cargadle de cadenas.

WER. ¡Cómo!

WALT. ¡Oh rabia!

BAR. ¿Asi tratais á un hombre que la mano
de Dios de un modo portentoso guarda?

GES. Veremos si esta vez guardarle quiere.
Conducidle, soldados, á mi barca;
que al fuerte de Kusnatch yo mismo intento
llevarle sin tardar.

(*Los soldados se apoderan de Tell.*)

WER. No, nuestras cartas,
nuestros fueros se oponen...

GES. Ya no hay fueros.
Callar y obedecer tan solo os cuadra.

(*Quiere irse. Ulrico le detiene.*)

ULR. ¡Gesler!

GES. ¿Qué me quereis?

ULR. Vuestra conducta
es de un vil, de un traidor: ante el monarca
yo os acuso; y con vos, cual manda el fuero,
voy á pedir la singular batalla

PUEB. Si, sí.

GES. Primero la cerviz soberbia
Helvecia toda rendirá á mis plantas.
Venid, soldados. (*Vase.*)

WALT. (*Agarrándose á su padre.*)
¡Padre mio... padre!

TELL. (*Alzando las manos al cielo.*)
Tu padre, desde hoy mas, alli se halla.

BER. ¡Ah! yo te sigo.

TELL. No: cuida de mi hijo.
Dios, que su vida de salvar acaba,
tambien me salvará.

(*Los soldados se le llevan. Berta da un grito, y cae desmayada en los brazos de su hijo y de algunos del pueblo. Consternacion general.*)

BER. ¡Gran Dios!

WER. ¡Oh crimen!

BAR. (*Poniéndose entre Werner y Furst, los agarra á ambos por la mano y llevándolos aparte.*)
Esta noche al Rutlí.

WER. }
FUR. } No haremos falta.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Sitio agreste rodeado de bosques y altas rocas: entre estas, estarán practicados senderos, por los cuales han de bajar los que salgan á la escena. Sobre una roca habrá una cruz de piedra. En el fondo el lago; y mas allá, figurando la orilla opuesta, collados y montes, elevándose todavía detras de ellos las cumbres de las neveras que terminan el horizonte. Es de noche, hallándose solamente iluminados el lago y los hielos de las montañas con la luna, la cual recorrerá durante la representacion toda la parte visible del cielo hasta ocultarse, y dejar el teatro completamente á obscuras.

ESCENA PRIMERA.

TELL.

(*Baja con precaucion y observando por entre las peñas. Luego que llega á la llanura se sienta en una piedra agobiado de cansancio.*)

No puedo mas... Estos riscos,
estas breñas que es forzoso
atravesar, y en mi fuga
con planta incierta recorro,
ya mi aliento han agotado,
y apenas tenerme logro.
Por fin, en esta llanura
podré hallar algun reposo,
y aguardar... Pero ¿qué véo?
Si no me engañan mis ojos,
este es el Rutlí... no hay duda...
Él es... la playa conozco...
Alli está el lago... ¡Cuán terso!
¡Cuán tranquilo! ¡Cuán hermoso!

¡Cuál en sus aguas, que riza
apenas ligero soplo,
refleja en inquietas luces
la luna el pálido rostro!
¡Ah! No ha mucho que le vi
entre el estrépito ronco
de los vientos, agitarse,
y embravecido, espantoso,
ante el combatido barco
abrir mil simas sin fondo.
Dios de bondad, tú, sin duda,
con tu brazo poderoso,
para salvarme, las ondas
conmoviste de ese golfo.
¡Libre estoy del fiero Gesler,
libre...! y él acaso... ¡ó gozo!
ahora sin vida yace
de ese lago en lo mas hondo.

(*Por la izquierda se oye el sonido sordo y prolongado de una trompa.*)

Mas ¿qué escucho...? Con antorchas
por aquel sitio escabroso
gente se acerca... Tal vez,
libre del peligro el monstruo,
seguirme ha mandado... No:
suizos parecen... Con todo,
entre aquellos matorrales
para observarlos me escondo.

(*Ocúltase entre las peñas. Llegan, bajando por la izquierda del actor, Atingausen, Mectal, y los conjurados de Underval, algunos con teas encendidas.*)

ESCENA II.

EL BARON. MECTAL. *Habitantes de Underval.*

MEC. Seguid, señor... Por aqui
la senda ensanchando va.
Ya llegamos... Sí... conozco
las rocas... mirad... mirad...
allí está la cruz... Este es
el Rutlí... Podeis bajar.

BAR. ¿Hay gente?

MEC. Nadie.

BAR. Llegado
aun los amigos no habrán.

MEC. No, que á la cita acudimos
primero los de Underval.

BAR. La noche estará avanzada.

MEC. Acabo de oir cantar
las dos al guarda nocturno
de Salisberg.

BAR. Escuchad.

(*Se oye á lo lejos una campana.*)

MEC. La campana del convento
que á la opuesta orilla está,
toca á maitines.

BAR. ¡Cuán grato
es en esta soledad
ese sonido!

MEC. No pueden
nuestros amigos tardar.
Id, y encended una hoguera
que les sirva de fanal.

(*Dos de los compañeros se alejan, vuelven á poco tiempo con ramas, y encienden una hoguera.*)

BAR ¡Cuán serena y apacible
está la noche...! Jamas
vi resplandecer la luna
con mas grata claridad.

MEC. Es que el cielo favorece
nuestra empresa.

BAR. ¿No notais
á lo lejos por el lago...?

MEC. Sí... sí... una barca... Serán
los de Schwitz.

BAR. Werner con ellos
sin duda alguna vendrá.

MEC. Cuando la patria le llama,
Werner no puede faltar.

BAR. Los de Ury son las que tardan.

MEC. No es estraño, pues tendrán,
para evitar los soldados
de Gesler, que rodear
la montaña.

(*Trompa por el fondo.*)

BAR. Ya se acercan.

MEC. Recibámoslos.

ESCENA III.

DICHOS. WERNER. *Habitantes de Schwitz.*

MEC. ¿Quién va?

WER. Amigos.

BAR. La voz de Werner.

MEC. Seña.

WER. Patria y libertad.

MEC. Adelante.

BAR. ¡Bien venidos!

WER. Señor baron, ¿aqui estais?

BAR. Para cumplir con mi patria,
aun no me estorba la edad.

MEC. (*Acercándose á Werner y presentándole con ardor la mano.*)
Amigo mio, le he visto
al que no podia ya
verme á mí. Con estas manos
sus llagas llegué á tocar;
pero en vano de sus ojos
he buscado con afan
la cariñosa mirada,
la mirada paternal...
No existía... Mas el fuego
de ese estinguido mirar,
en este pecho ha encendido
un espantoso volcan,
que en fiera, horrible venganza,
muy en breve estallará.

(*Trompa por la derecha.*)

WER. Silencio... que por alli
una trompa...

MEC. Llegarán
los de Ury... Sí... de unas hachas
distingo la claridad.

BAR. Ya llegan.

MEC. ¿Quién es?

FUR. (*Dentro.*) Amigos.

MEC. Seña.

FUR. Patria y libertad.

MEC. Venid, que aqui estamos todos.

ESCENA IV.

DICHOS. FURST. ARNOLDO. ROSELMAN y otros habitantes de Ury.

FUR. ¡Ah, señor...! ¡Werner...! ¡Mectal!
Abracémonos... El cielo
sin duda amparo nos da;
pues para tan noble empresa
nos permite aqui juntar.

BAR. ¿Nadie falta?

WER. Diez amigos,
segun convenido está,
me siguen.

MEC. Y á mí otros tantos.

FUR. Y yo con número igual
he acudido.

BAR. ¿Todos firmes,
seguros?

WER. No se hallará
un traidor en Suiza toda.

BAR. ¡Aqui Arnoldo y Roselman!
Ambos enemigos son.

ARNOL. Y ¿eso os hace recelar?
Contrarios somos, es cierto,
mas solo ante el tribunal:
alli invocando las leyes,
le disputo una heredad:
aqui tan sòlo tenemos
un corazon... En señal
dadme la mano. (*A Roselman.*)

ROSEL. (*Dándosela.*) Tenedla.

BAR. Tranquilo estoy... ¿Los demas?

FUR. De los tres cantones son
los mas notables... Burkardt,
Kunz, Baugmarten, Winkelried,
Werní...

BAR. ¡Bien!

FUR. Uno no mas

falta, y todos le lloramos.

BAR. ¿Quién es?

FUR. Tell.

BAR. ¡Ah! Sí, es verdad.
Sumido en obscura carcel,
¿cuál su destino será?

ESCENA V.

DICHOS. TELL.

TELL. (*Saliendo de donde está oculto y colocándose en medio de los confederados.*)
Unirse á tan justa empresa.
Tell está aqui.

BAR. ¡Cielo santo!

TODOS. ¡Tell!

TELL. Yo soy... Miradme bien.

FUR. ¡Guillermo!

TELL. Dadme las manos.

TODOS. ¡Amigo!
(*Le rodean, y él les va dando la mano.*)

TELL. Sí, vuestro amigo.
Libre estoy... Rompí los lazos
que me oprimian, y vengo
á unirme con mis hermanos.

BAR. ¿Atado el gobernador
no os llevaba? ¿Qué milagro...?

TELL. Oid. Del barco en el fondo
hallábame encadenado,
sin armas, sin esperanza,
sin ya pensar ver los rayos
del sol, ni mi cara esposa,
ni los hijos que idolatro.
Sobre la tranquila faz
del adormecido lago,
con furias mil en el alma,
mi vista vagar dejando,
allá cerca del timon
á mirar de pronto alcanzo,
con mi ballesta querida,
mi carcaj abandonado;

y al verlos, en vena ardiente
mis megillas surca el llanto.
Vogábamos sin recelo;
mas de repente, bramando,
se escapa de entre las rocas
ensoberbecido el austro;
y estiende sobre nosotros
de negras nubes el manto;
y las irritadas ondas
eleva cual montes altos;
y la horrible tempestad,
al opresor y al esclavo,
en aquel abismo á un tiempo
amenaza sepultarnos.
Gesler tiembla y palidece,
su faz se cubre de espanto,
y yo, al verle, me sonrío,
y en su despecho gozando,
hermosa llamo á la muerte
que juntos nos hiere á entrambos.
Ya el marinero caer
deja el remo de las manos;
ya el fatigado piloto
suelta el timon con desmayo,
y esclama: "somos perdidos;
solo Tell puede librarnos:
si su valor y destreza,
si el esfuerzo de su brazo
no nos socorren, no hay medio,
de las ondas somos pasto."
Gesler, con trémula voz,
me dice entonces: "tus lazos,
Guillermo, juro romper
si de este peligro salgo.
¿Te atreverás?" Sí, respondo;
y al momento desatado,
empuño el timon, le guio
con fuerte y segura mano,
y de mi diestra al impulso
las fieras ondas amanso.
Esto hacia; mas, inquieto,
los ojos llevo entre tanto,

ora sobre el arco y flechas
que á mis plantas miro ufano,
ora sobre la alta costa
sitio oportuno buscando.
Una roca al fin diviso,
que en piso pendiente y llano,
presenta facil subida
en las aguas avanzando.
Mi voz anima á la chusma:
su esfuerzo crece y llegamos;
imploro el favor del cielo,
y el primero me avalanzo.
Desde la popa el peñon
con arrojo ciego abrazo,
cojo mis armas, ligero
gano la orilla de un salto;
y á un tiempo, con pie robusto,
repelo lejos el barco.

TODOS. Bien.

TELL. Se oye un grito de rabia,
entre las peñas me salvo,
y queda el inicuo Gesler
con las ondas batallando.

BAR. Demos las gracias á Dios;
él es quien os ha salvado.

WER. Y ¿el opresor?

TELL. Ya las olas
le habrán dado el justo pago.

FUR. No, vive: al caer el dia
ha vuelto á Altorf.

TELL. En tal caso,
Dios otra hazaña me manda.
Pero ya que congregados
estais, ved que el tiempo vuela:
no le perdais, ciudadanos.

FUR. Sí, es verdad. ¡En nuestro suelo,
en nuestros paternos campos,
como viles asesinos,
en secreto nos juntamos,
á la noche protectora
del crimen, pidiendo amparo!
Y ¡es para reconquistar

las leyes y fueros santos,
única herencia que, pobres,
nuestros padres nos dejaron!

MEC. ¿Qué importa? Lo que en la noche
dejemos aqui pactado,
á la luz del medio dia
bien sabremos sustentarlo.

WER. Si nos cercan las tinieblas,
nuestros derechos son claros.

FUR. Representamos aqui
á los tres pueblos hermanos:
podemos deliberar.

TODOS. Sí, sí.

BAR. El círculo formando,
las espadas clavaremos,
signo de poder y mando.

FUR. ¿Quién nuestro gefe será?

MEC. Los de Underval renunciamos
á tanto honor.

WER. Pertenece
á Ury, que nos ha guiado
siempre á la lid.

FUR. No; que Schwitz
es el tronco venerando
de quien los otros dos pueblos
comun origen sacamos.

BAR. ¡Noble contienda! Mas cese
con un amistoso pacto.
Schwitz presida en los consejos,
y Ury en los marciales campos.

FUR. (*Presentando la espada á Werner.*)
Tomad, pues.

WER. La acepto solo
para darla al mas anciano;
á nuestro antiguo caudillo,
al noble, que de sus años
á pesar, une su causa
á la del pueblo.

TODOS. Aprobamos.

WER. (*Presentando la espada al baron.*)
Tomad, señor.

BAR. Este honor

es mi blason mas preciado.
No puedo aqui el juramento
hacer en los libros santos;
pero promete ser justo
ante esos eternos astros.

(*Se clavan en tierra, delante de él, dos espadas, y se forma círculo á su alrededor. Schwitz ocupa el medio, Ury la derecha, y Underval la izquierda. El baron permanece en medio, apoyado en su espada. La luna se habrá ocultado ya, y estará todo el teatro á obscuras.*)

BAR. Hijos de Helvecia, que en la playa inculta
del gran lago os juntais, y entre estas breñas
la negra noche misteriosa oculta,
Dios solo por testigo y estas peñas,
el furor que en los pechos se sepulta
estalle al fin en iracundas señas.
¿Qué agravios, concitando á la venganza,
nos hacen hoy firmar la nueva alianza?

WER. No es nueva, no; que los antiguos lazos
á estrechar estos pueblos se preparan;
cual hermanos se dan dulces abrazos,
aunque lagos y montes los separan.
Estas ásperas rocas y ribazos
nuestros padres un tiempo conquistaran:
y si leyes diversas nos dirigen,
una sangre tenemos, y un origen.

TODOS. Sí, sí; somos hermanos.

WER. Raza pura
de los antiguos suizos, si otros tienden
el dócil cuello á la cadena dura,
nobles fueros del yugo nos defienden.
Guardarlos fiel nuestro monarca jura,
y á ser libres aqui todos aprenden.
Libremente servimos al imperio:
alianza es nuestra union, no cautiverio.

FUR. Y ¿por qué lo ha de ser? ¿Con qué derecho?
¿Por ventura este suelo ha conquistado?
Cuando al emperador rey hemos hecho,
un gefe, no un tirano, hemos buscado:
siempre la esclavitud, con firme pecho,
el suizo valeroso ha rechazado.

Si el imperio avasalla y no protege,
no le hemos menester, solos nos deje.

TELL. Y solos nos bastamos. Por ventura
¿no han creado este suelo nuestras manos?
¿Cuáles bienes nos diera aqui natura?
Espesos bosques, fétidos pantanos,
peñascos que resisten la cultura,
montes guaridas de osos inhumanos,
eternas nieves en la estéril cumbre,
y nieblas que del sol roban la lumbre.
Pues bien, la selva do moraba el oso
en campos y en ciudad hemos trocado,
el reptil de su estanque cenagoso
para no mas volver se ve lanzado,
de las nieblas el velo tenebroso
no oculta el cielo ni obscurece el prado,
y sobre hondos abismos y torrentes
camino al viajador abren cien puentes.
Y ¡un estrangero vil robar intenta
de diez siglos de afan la obra hermosa!
¿Qué mas? Labrando nuestra larga afrenta,
¡con torpe yugo amenazarnos osa!
De su mano rapaz presa violenta
son la hacienda, y el hijo, y fiel esposa;
y aun no estan ¡oh baldon! con sus enojos,
seguros en sus órbitas los ojos.
Pues qué ¿no hay ya valor? En esta tierra
¿ya no nacen varones esforzados?
¿Flaquean esos brazos que en la sierra
tronchan robustos pinos redoblados?
¿Temeis sin armas provocar la guerra?
Ahí las rejas teneis de los arados:
y si faltan, las cumbres eminentes
peñas os dan con que aplastar sus frentes.
No es eterno el poder de los tiranos:
cuando en el opresor ya no hay clemencia,
nuestros ruegos á Dios nunca son vanos,
y favorece al justo su sentencia.
Constancia al corazon, fuerza á las manos,
dará contra la bárbara violencia;
que nuestra libertad, si huyó del suelo,
pura como su luz guarda en el cielo.

A conquistarla, pues, suizos valientes.
Si las contrarias huestes miedo inspiran,
pensad que en santa gloria refulgentes
nuestros abuelos ínclitos nos miran:
señalando sus sombras impacientes
las víctimas sin fin, en torno giran.
Sois, dicen, nuestro amor, nuestra esperanza:
¡á la lid! ¡á la lid! ¡Guerra y venganza!

TODOS. ¡Guerra y venganza!
(*Sacan las espadas.*)

FUR. Oid. De la prudencia
tal vez conviene que escucheis las voces:
emprender imposibles es demencia,
y aun os esperan de la paz los goces.
Tan solo una palabra, y la clemencia
podrá esos tigres amansar feroces.
Reconoced al Austria.

ARNOL. ¿Qué propones?

MEC. No haya paz con tan viles condiciones.

WER. Sellad el labio, Furst.

ROSEL. Quien tal desea,
es un vil.

TODOS. Un traidor.

BAR. Silencio os pido.

ARNOL. ¡Del Austria esclavos ser!

MEC. Privado sea
de su hacienda y honor el atrevido
que tales pactos necesarios crea.

FUR. ¡Bien! Probar vuestro ardor solo he querido.
Lo que pide Mectal cual ley reclamo.

TODOS. Publíquese cual ley.

BAR. (*Despues de una pausa.*)
Yo la proclamo.

FUR. Ahora libres sois... Mas lo que jura
la lengua, al brazo sostener le toca:
no se diga jamas faltó bravura,
do sobra de jactancia hay en la boca.
Nadie á grandes empresas se aventura
con gente denodada, pero poca:
lanzas tendremos si tenemos manos:
¿nos seguirán, decid, nuestros hermanos?

MEC. Nos seguirán, lo sé. Con rauda planta

los montes recorrí, los verdes prados,
do la choza del pobre se levanta,
y el pastor apacienta sus ganados;
y el hondo valle que florido encanta,
y las ciudades de hombres apiñados:
donde quier penetró la huella mia,
alli vi maldecir la tiranía.
Y al escuchar mi voz, ardiendo en ira,
cada cual de furor un grito lanza,
y en el santo entusiasmo que le inspira,
descuelga el roto casco y vieja lanza;
y me aprieta la mano, y fiero mira,
y arde ya de vencer en la esperanza;
y aun parecióme ver, para vengarse,
las insensibles rocas animarse.

TELL. ¿A qué aguardamos pues? Aprovechemos
esta ocasion feliz... Mas con cautela
en tal peligro caminar debemos.
Nada el contrario en su quietud recela,
tiempo de apercibirse no le demos;
y ya que poco en sus castillos vela,
antes que á sacar llegue las espadas,
queden sus fortalezas derrocadas.

MEC. Yo á Rosberg rendiré.

FUR. De qué manera.

MEC. Una jóven hermosa en él me ama;
y de la alta ventana en que me espera
cuando la noche obscuridad derrama,
de retorcida cuerda arroja fuera
leve escala propicia á nuestra llama:
teniendo de este modo entrada cierta,
á los nuestros abrir sabré la puerta.

WER. Yo apoderarme de Sarnen prometo.
Gesler alli va á celebrar en breve
una campestre fiesta: con respeto
cada vasallo presentarle debe
de su hacienda ó labor algun objeto
que de obediencia la señal renueve;
y admitidos despues en el castillo,
asisten todos á un festin sencillo.
Sin armas, es verdad, entrar debemos;
mas un hierro de lanza bien templado

bajo las ropas cada cual llevemos
que al asta en un momento quede atado.
Asi la guardia sorprender podremos;
en tanto que, entre peñas emboscado,
acude, de la trompa á las señales,
escuadron numeroso de leales.

FUR. Y yo de Altorf el empezado fuerte,
si Dios me asiste, derribar no dudo.

TELL. Y yo al infame Gesler daré muerte,
que no le han de valer peto ni escudo.
Mas en un dia y hora se concierte
dar todos á la vez el golpe rudo;
y en cada cumbre entonces una hoguera,
su libertad anuncie á Suiza entera.

BAR. Bien, asi se ejecute; y de esa llama
al plácido lucir, acudan luego
cuantos ardiente patriotismo inflama,
y hasta vencer de hoy mas no haya sosiego.

(*Antes de estos versos habrá empezado á amanecer: la luz de la aurora va aumentando poco á poco por el horizonte, hasta que en el fondo, y por detras de los montes, aparece el disco del sol que lo ilumina todo con sus rayos.*)

Pero la aurora ya su albor derrama,
y entre los montes, con radiante fuego,
se alza el naciente sol... Yo le bendigo:
todos le saludad á par conmigo.

(*Se descubren todos.*)

En nombre de esa luz brillante y pura,
estrechemos aqui la nueva alianza;
un solo pueblo ser nuestra voz jura,
unido en el peligro y la venganza,
libre cual de sus padres se asegura,
poniendo en solo el cielo su confianza,
sin temor, y al oprobio que aguardamos
prefiriendo el morir.

TODOS. Sí, lo juramos.

BAR. (*Arrodillándose: todos le imitan.*)
Y tú, gran Dios, cuya bondad le diera
la libertad al hombre, hija del cielo,
haz que algun dia esa inmortal lumbrera
ilumine su triunfo en este suelo;

y al describir de su eternal carrera
el círculo espacioso en raudo vuelo,
radiante anuncie su esplendor fecundo
que hay otro pueblo mas libre en el mundo.

FIN DEL ACTO TERCERO.



Acto cuarto.

El teatro representa un sitio ameno á la entrada del pueblo de Sarnen. Las primeras casas de este pueblo se ven á la derecha del actor: en ambos lados del proscenio árboles con guirnaldas de flores y otros adornos rústicos, dispuestos para una fiesta: á la izquierda habrá un dosel formado con ramas y flores, y debajo un asiento. El fondo, desde la mitad del teatro, estará ocupado por rocas y montes que se irán prolongando á lo lejos, dejándose ver en lontananza las cumbres cubiertas de nieve. Sobre las rocas, hácia la derecha, estará el castillo cuya entrada será practicable por medio de un puente levadizo que se alzará y bajará á su tiempo. Al castillo se subirá por varias sendas abiertas en la roca.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON. WERNER. CONJURADOS.

(*Werner y los conjurados salen con cestas y otros objetos que figuran el tributo que han de presentar al gobernador. Llevan cada cual un palo, los unos para apoyarse, los otros para colgar de él lo que traen.*)

BAR. Hénos, en fin, en Sarnen.
WER. Y en aquel cerro eminente,
descuella el fuerte castillo.
BAR. Inaccesible parece;
y no siendo por sorpresa...
WER. Pues nuestro ha de ser en breve.
BAR. ¿Estais dispuestos?
WER. Lo estamos.
BAR. ¿Cuántos sois?

WER. Conmigo veinte.

BAR. ¿Bastarán?

WER. Son escogidos:
todos robustos, valientes.

BAR. ¿Las armas?

WER. Mirad.

(*Descubre el pecho y muestra un hierro de lanza que lleva oculto.*)

BAR. No vean...

WER. No haya temor: cuando llegue
la ocasion, entonces solo,
á una voz, el hierro fuerte
resplandecerá en la punta
de este baston.

BAR. ¿Nuestra gente?

WER. Con pretesto de la fiesta
todos vendrán.

BAR. Pero ¿inermes?

WER. No; que sus armas ocultas
entre esos peñascos tienen.
Luego que en el fuerte entremos,
recogidas brevemente,
todos dentro de aquel bosque
esperar la señal deben
de esta trompa. Solo falta
para guiarlos un gefe.
Ese sois vos.

BAR. Lo seré;
aunque otro mas jóven puede
tenga esa gloria.

WER. ¿Quién es?

BAR. Ulrico.

WER. ¿Pensais que acepte?

BAR. Aqui le espero.

WER. ¡Prudencia!

BAR. No tengais cuidado, Werner.
Y ¿los amigos?

WER. Mectal
rendir á Rosberg emprende
hoy mismo, y Furst en Altorf
cumplirá lo que promete.
Las hogueras, en los montes,

nos anunciarán si vencen.

BAR. Vencerán; que el alto cielo
la justa causa protege.
Pero ¿Tell?

WER. Su suerte ignoro.
Antes que abrazar pudiese
á su muger y á sus hijos,
presos han sido por Geßler.

BAR. ¡Monstruo!

WER. Y él, en su dolor,
despareció sin que á verle
se haya vuelto.

BAR. Alguna hazaña
que eterna memoria deje
medita sin duda, y pronto
dará á conocer su suerte.

WER. Muy pronto ha de ser; si tarda,
nuestros serán los laureles,
nuestros solos... Ya mi pecho
en noble fuego se enciende,
y victorias presagiando,
dulce esperanza le mece.
Venceremos; y estos sitios
do, entre fiestas y placeres,
hoy piensa el vil opresor
ver á sus pies nuestras frentes,
presenciando su esterminio,
serán su tumba.

BAR. Ya viene
Ulrico: dejadnos solos;
pero que nadie se aleje.
(*Vanse Werner y los suyos.*)

ESCENA II.

EL BARON. ULRICO.

ULR. Aqui me teneis, señor;
aunque es forzoso me ausente,
para mí vuestros mandatos,
dignos de respeto siempre,
en este suelo infeliz

aun otro sol me detienen.

BAR. Ulrico, te lo agradezco.

ULR. Pero ¿qué aparato es este?
¡Todo aqui para una fiesta
estar dispuesto parece!
Alli flores y guirnaldas;
allá un dosel entretegen
verdes ramas...

BAR. Sí, Rudenz,
fiestas celebrarse deben.

ULR. ¡Fiestas, cuando yugo infame
pesa sobre nuestras sienes!
¡Y vos á ellas venís!
¡Y los suizos las consienten!
¡Y estos viles regocijos
me llamais á que presencie!

BAR. El que es en estos lugares
dueño absoluto, lo quiere.

ULR. ¡Gesler! Y ¿él viene tambien?

BAR. ¿Qué te admira? Tambien viene.
Dejando de su palacio
los ya cansados placeres,
su ánimo esparcir intenta
entre los juegos campestres.
A la par vendrán sus siervos
tributo humilde á ofrecerle,
y con festines y danzas
que su ventura celebren,
las sombras disiparán
que el torvo ceño obscurecen.
¿No te complace este cuadro?
¿No es digno, Ulrico, de verse
un pueblo que al son confuso
de sus hierros canta alegre?

ULR. No seré yo quien asista
á esa humillacion. (*Quiere irse.*)

BAR. Detente.

ULR. Parto en el instante.

BAR. ¿Adónde?

ULR. El juramento solemne
hice en presencia del pueblo
de acusar al insolente

vil opresor...
BAR. Y ¿ante quién?
¡Qué necia ilusion te mece!
¿Ante el mismo emperador
que sus desmanes consiente?
ULR. No los consiente.
BAR. Sí, Ulrico.
Ya humildes, mil y mil veces,
á sus plantas nuestras quejas
llegaron inútilmente;
que arrullo han sido no mas
á cuyo son se adormece.
No, de él alivio ninguno
á nuestra opresion esperes;
solo esclavos ve en nosotros
que aherrojados le obedecen.
ULR. Entonces ya, ¿qué remedio...?
BAR. Uno existe, uno se arriesgue.
ULR. ¿Cuál?
BAR. El que tiene en su mano
todo el que morir no teme.
ULR. ¡La rebelion!
BAR. La defensa
de nuestras holladas leyes;
que cuando por ellas se arma,
jamas un pueblo es rebelde.
ULR. ¿Delirais? ¿A empresa tal
quién aqui, señor, se atreve?
BAR. ¿Quién, Rudenz? ¿Tan pobre idea
estos pueblos te merecen?
¿Quién, preguntas? Y ¿si acaso,
lo que por quimera tienes,
amenazando esterminio,
realidad tremenda fuese?
Si hoy mismo en lucha terrible
estas fiestas se convierten;
si esas flores brotan flechas,
esas rocas combatientes,
y la yerba que pisamos
se cubre de sangre hirviente;
si esa odiosa fortaleza
que esclavitud nos previene,

humillada á nuestros pies
viera su orgullosa frente,
¿qué dirias?

ULR. ¿Es posible?
¿Me engañais?

BAR. ¿Dudarlo puedes?
Ya en justa venganza ardiendo,
Suiza toda se conmueve,
y arrojándose á la lid,
remite al valor su suerte.
No ya inútiles lamentos
en torpe inaccion profiere;
que á los tiranos, la presa
para pedirles que suelten,
quejas no, fuertes lanzadas,
es el lenguaje que entienden.
En denodados guerreros
toda esta comarca hierve:
solo un gefe necesitan
que sus esfuerzos concierte.
Este honor te corresponde;
dime, Ulrico, ¿serlo quieres?

ULR. ¡Yo, señor...!

BAR. Ese alto puesto
á mi ancianidad ofrecen;
pero años mas juveniles
empresas tales requieren.
Si el ocio vil te cansaba,
si las lides apeteces,
si anhelas grata corona
de inmarcesibles laureles,
noble campo abre la patria
en que tu valor ostentes.
Combatiendo por estraños
que con tu sangre engrandeces,
la fama es suya, y tu nombre
su suerte obscura no vence.
Mas en esta heróica lucha
brillará resplandeciente,
volará de boca en boca;
y ora á tu patria libertes,
con la victoria afianzando

su independencia y sus leyes,
ora con menos fortuna
término glorioso encuentres,
ese nombre venerado,
y á los suizos grato siempre,
será en los siglos remotos
la admiracion de las gentes.

ULR. Basta, señor, me decido;
echada está ya la suerte.
Vuestra voz, la de la patria,
todo en mi pecho lo pueden,
y mi altivo corazon
en santo entusiasmo encienden.
Ya á la lid correr deseo:
¿dónde estan esos valientes?
Guiadme: quiero que vean
á su compañero y gefe.

BAR. Bien, Ulrico; ahora conozco
en tí mi estirpe... Mas Gesler
sale del castillo... Ven;
que no nos vea conviene. (*Vanse.*)

ESCENA III.

GESLER. ROBERTO. Caballeros. Soldados. Luego WERNER y CONJURADOS.

(*Se baja el rastrillo y sale Gesler acompañado de Roberto, de algunos caballeros y soldados.*)

GES. Llamad á ese pueblo; venga,
y divierta á su señor:
disipe mi mal humor,
puesto que amor no me tenga;
que no me importan sus penas
si logro calmar la mia:
para inspirarme alegría
cante al son de sus cadenas.

(*A una señal de Roberto se habrán dirigido dos soldados hácia la poblacion, y á poco rato se oye dentro de ella un clarin tocando llamada. Poco á poco van saliendo del pueblo y de entre las rocas hombres, muge-*

res y niños que llenan el teatro. Los unos se disponen á bailar: otros forman corros y dirigen á Gesler miradas amenazadoras. Entre estos estarán Werner y los suyos.)

ROB. En sus obsequios sencillos
ese pueblo se ha esmerado.

GES. Le tengo bien enseñado
desde que arrastra sus grillos.

ROB. Bajo aquel dosel de flores
vais á presenciar sus danzas.

GES. El aspecto de mis lanzas
le hará ejecutar primores.

ROB. (*Señalando á la izquierda.*)
Allá en torno del nogal
que su edad por siglos cuenta,
y el ancho ramage ostenta
dando sombra paternal,
está dispuesto un banquete
que en su rústica llaneza
ofrece cuanta riqueza
tan pobre suelo promete.

GES. Si el vino del Rhin no falta
que la copa llene aprisa,
cambiando en alegre risa
el negro humor que me asalta,
perdono la rustiquez
que por novedad me agrada,
pues la grandeza cansada
bueno es dejar una vez.

ROB. Hablais de melancolía:
¿qué pena os puede inquietar?

GES. No sé qué oculto pesar
hoy oprime el alma mia.
Turbó esta noche mi sueño
una pesadilla horrible,
y aun esa vision terrible
de desechar no soy dueño.
Ante mis ojos brillar
mirando estoy hierro insano:
yo le aparto con la mano,
y me torna á amenazar.
Ese Tell mi ánimo inquieta,

lo confieso con rubor;
y siento un frio sudor
al pensar en su saeta.
¡Que asi huyera con tal suerte!
¡Pese á mi negra fortuna!
No gozaré paz ninguna
hasta lograr darle muerte.
De él temo alguna traicion.

ROB. No os inquiete ese cuidado;
teneis, si él se os ha escapado,
á su familia en prision.

GES. Justa precaucion ha sido:
será su vida mi escudo;
mas viéndola lejos, dudo:
¿por qué no la habeis traido?
¿No os lo mandé?

ROB. Vendrá luego
con escolta.

GES. En esa torre
veremos quién la socorre.

ROB. Vivid, señor, con sosiego:
dejad cuidados prolijos;
y pues con faz placentera
vuestra venia el pueblo espera,
gozad de estos regocijos.

GES. Teneis razon. Que se empiece.

WER. (*Que con los suyos se habrá ido acercando.*)
Antes, señor, estos frutos
recibid que por tributos
nuestra lealtad os ofrece.

GES. ¿Qué son?

WER. Los que da la tierra
en afanosa labor,
de nuestros campos la flor,
y caza que el monte encierra.
De nuestra industria, aunque escasa,
productos tambien traemos:
si es poco lo que ofrecemos,
natura aqui nos lo tasa.

GES. Está bien: la sumision,
mas que los dones, aprecio.

WER. (Muy pronto lo verás, necio;

cerca está tu destruccion.)

GES. Al castillo los llevad,
donde en espaciosa sala
hoy vuestro dueño os regala.

WER. Vamos, hijos. (*A los suyos.*

GES. Empezad.

(*Werner y los suyos acompañados de algunos soldados suben al castillo y entran en él. Gesler se sienta bajo el dosel. Roberto y los caballeros se ponen á su lado, y detras de ellos los soldados. Los aldeanos ejecutan algunas danzas, durante las cuales Gesler se muestra inquieto. Al fin del baile, Guillermo Tell se deja ver á lo lejos entre las rocas, desapareciendo luego. Gesler le ve y se apodera de él un repentino terror, dejando su asiento é interrumpiendo las danzas.*)

GES. ¡Roberto!

ROB. ¡Señor!

GES. ¿Le has visto?

ROB. ¿A quién?

GES. A Tell.

ROB. No, señor.

GES. No, no ha sido un vano error:
ya mi rabia no resisto.
Él era... En aquella cumbre
como fantasma le vi...
¡Ay! todo me estremecí...
que me ha espantado la lumbre
de sus ojos...

ROB. Es quimera
de vuestra turbada mente.
Al peligro neciamente
¿asi entregarse pudiera?

GES. Sí, lo conozco... es locura...
Siempre un necio delirar
por todas partes mirar
me hace su horrible figura.
¿Cómo desechar podré
esa importuna vision?

ROB. Seguid viendo la funcion.

GES. No, ya de ella ma cansé.
Esas danzas me fastidian;

y en vez de darme solaz,
aun mas alejan la paz
por la cual mis ansias lidian.
Cesen pues: todos se alejen.

ROB. Mas señor...

GES. ¿No habeis oido?

ROB. Bien... — Despejad. — Ya se han ido.

GES. ¡Que respirar no me dejen
estas vanas ilusiones!

ROB. Los placeres del festin
tal vez ahuyenten al fin
esas funestas visiones.
A mesa cuyos primores
alegran la ansiosa vista,
no hay tristeza que resista.

GES. Vamos, pues. Venid, señores.

(*Vase por la izquierda seguido de Roberto, de los caballeros y soldados. El pueblo se habrá ido retirando poco á poco, y la escena queda desierta. Aparece Tell en lo alto del monte, y va bajando despacio, mirando con recelo á todas partes.*)

ESCENA IV.

GUILLERMO TELL.

Se marchó... Nadie ya... ¿Fué ilusion mia?
Aqui mil gentes en alegre danza
á descubrir llegué... ¡Vil cobardía!
¡Danzar, cuando los llama la venganza!
No me he engañado, no. Para una fiesta
todo aqui en derredor dispuesto miro...
Pero en Sarnen estoy... sin duda apresta
Werner el fiero golpe... Ya respiro.
(*Se oyen risas hácia la izquierda.*)
¡Qué risas...! Por alli... ¡Dios...! Los malvados
en plácido festin alegres beben;
y del nogal en torno congregados,
¡su santa sombra á profanar se atreven!
Arbol de nuestros padres, ¿tal ultraje
llegaste á consentir? ¡Y á quien te insulta,
doblándose irritado tu ramage,

bajo su inmensa mole no sepulta!
Bebed, reid, tiranos; que esa risa
la postrera será; y en breve, acaso,
en vez del vino que bebeis aprisa
vereis con vuestra sangre henchir el vaso.
Pero ¡Gesler allí...! ¡Ballesta mia...!
(*Echa mano á la ballesta por un movimiento involuntario, y quiere apuntar; pero de pronto se detiene y queda mirando con risa sardónica.*)
Ese no rie, no... Mustio, anhelante,
en lugar de la plácida alegría,
vaga el remordimiento en su semblante.
Allí le tengo, allí... Sin movimiento,
aguardando parece estar mi flecha...
¡Oh! ¡feliz cazador, feliz momento,
cuando seguro asi la presa acecha!
Este instante es tan bello, que sintiera
darle ton pronto fin. —¡Ah! Yo vivia
inocente, tranquilo... El ave ó fiera
solo esta flecha traspasar solía...
Nunca la idea de la sangre humana
por mí vertida, contagió mi mente...
¿Por qué mi pecho esta ponzoña insana
siente...? ¡Solo por tí, monstruo, la siente!
Tú la infundiste en él... ¡Tú la venganza
me enseñaste, cruel! Lleva el castigo:
bien puede quien al hijo un dardo lanza,
lanzarle al corazon de su enemigo.
Cuando con mano incierta, vacilante,
el tiro horrible disparar me hiciste,
y postrado á tus plantas suplicante,
de mi pena y mi llanto te reiste;
entonces ante Dios, dentro del pecho,
un voto pronuncié que el cielo ha oido;
y voto en trance tan solemne hecho,
deuda sagrada es, será cumplido.
¡Oh tú, flecha terrible que causaste
á mi alma paternal dolor tan duro!
pues cual único bien hoy me quedaste,
á digno blanco dirigirte juro:
de hierro y de impiedad está cercado,
piensa tener impenetrable peto,

nunca fué por los ruegos alcanzado...
mas tú le alcanzarás, yo lo prometo.
Pero ¿á qué tardar tanto...? ¡Muera, muera...!
¡Morir...! Y ¿un solo golpe ha de acabarle?
¡Harto dulce morir! ¡Oh, quién pudiera
ese postrer momento prolongarle,
alargar su agonía... mis tormentos
al monstruo devolver fieros, prolijos...!
¡Inútil esperar! ¡Vanos intentos!
No me puedo vengar... ¡no tiene hijos!

ESCENA V.

TELL. GESLER. ROBERTO.

GES. Dejadme solo, dejadme. (*Dentro.*)
TELL. Oigo su voz. Aqui viene...
Que no me vea conviene.
¡Santos cielos, ayudadme!
(*Ocúltase entre las rocas. Sale Gesler espantado.*)
GES. Dejadme os digo.
ROB. Señor...
GES. No me sigais.
ROB. El pesar
calmad por Dios...
GES. Quiero estar
á solas con mi dolor.
ROB. ¿Ni las danzas ni el festin
alegran vuestro desvelo?
GES. ¡Cansado estais, vive el cielo!
Marchaos, dejadme al fin.
En ese afan sempiterno
con que hoy mis penas se acrecen,
espectros todos parecen
evocados del infierno.
En vano quise alegrar
con los licores mi mente:
en la copa sangre hirviente
tan solo llegué á mirar.
ROB. Oid la voz de un amigo...
¡Que os atormenteis asi...!
GES. Que me dejeis solo aqui
por última vez os digo. (*Vase Roberto.*)

ESCENA VI.

GESLER. *Luego* TELL.

GES. Esa gente me importuna, (*Solo.*)
con su alegría me irrito...
Fraguando está algun delito...
Me vende, no hay duda alguna.
Quiero estar solo... sí, solo;
que nadie se acerque á mí...
Me encerraré... Solo asi
huiré la traicion y el dolo.
¿Qué digo? ¡Solo! Tambien
me espanta la soledad...
Tengo miedo... ¡Qué ansiedad!
Aqui tampoco estoy bien.
Huyamos... ¿Dónde? Imposible...
Do quier mis pasos dirijo,
hallo ante mis ojos fijo
á ese Tell aborrecible.
(*Viendo á Guillermo que ha salido de entre las rocas y se ha colocado delante de él.*)
¡Dios! ¡Alli está...! Amenazante,
siempre esa sombra cruel...

TELL. No es sombra, no; el mismo Tell
es el que tienes delante.

GES. ¡Tú, malvado...! Audacia tanta...

TELL. ¿Lo dudas? Ven, y te acerca:
llega, y mírame de cerca,
si el mirarme no te espanta.

GES. Tu osadía pagarás.
¡Soldados!

TELL. (*Apuntándole con la ballesta.*)
Al punto mueres
si solo una voz profieres,
ó si das un paso mas.

GES. ¡Cómo!

TELL. La flecha está puesta,
armado el arco tambien,
y que es fijo sabes bien
dardo que mi mano asesta.

GES. ¡Herirme osarás, traidor!

TELL. ¿Qué hay en esto que te asombre?
Aqui estamos hombre á hombre,
no hay esclavo ni señor.
GES. Y bien, ¿qué quieres?
TELL. ¿Qué quiero?
¿Me lo preguntas á mí?
¿Qué puedo querer de tí
sino tu sangre?
GES. (*Echando mano á la espada.*) Mi acero...
TELL. Déjalo en la vaina estar:
tu fuerza son tus soldados;
y de este sitio apartados,
no te pueden amparar.
Solo, tu poder es vano,
y ahora en mí tu dueño ves:
osa atacarme, y mis pies
te aplastan cual vil gusano.
GES. ¡Oh rabia!
TELL. ¿Y bien? ¿Enmudeces?
¿Dó está tu furia, orgulloso?
¿Tú tan vano y poderoso,
hora á mi voz te estremeces?
Miradle, el gobernador,
el tirano, el que no es hombre,
sino tigre, y con su nombre
llena á Suiza de terror;
el que adorar su sombrero
á un pueblo manda insolente,
y que del hijo á la frente
aseste un padre el acero...
Vedle ahí, vedle turbado,
trémulo, sin voz ni aliento...
¡Cayó el verdugo sangriento,
y la víctima ha triunfado!
Pues bien, sacudido el yugo,
otros los papeles son:
haz, víctima, tu oracion,
yo soy ahora el verdugo.
GES. ¿Qué dices?
TELL. Pues ¿qué has creido?
¿Que he de quedar sin venganza?
Renuncia á toda esperanza,
que en mis manos has caido.
Tu muerte jurada está,

mi juramento es sagrado...
¿Sabes, di, por qué, malvado,
no se halla cumplido ya?
Porque primero que estés
sin esa alma vil, traidora,
he querido, como ahora,
verte humillado á mis pies.
Tu muerte poco sería,
que harto me has hecho penar:
quiero en tu dolor gozar,
complacerme en tu agonía.
Mira bien con atencion
esta flecha... ¿La conoces...?
Para que en verla te goces,
te va á abrir el corazon.
Es la misma con que herir
me mandaste al hijo mio...
Pronto de su acero el frio
en tu pecho has de sentir.
Ya lo sabes... Bien pudiera
sin vida aqui mismo verte...
Pero no... Tan pronta muerte
para tí muy dulce fuera.
Pues sabes te he de matar,
vivo algun tiempo te quedas,
porque el morir sentir puedas
con el incierto esperar.
Cada hora, cada instante,
espuesto al golpe tremendo
vivirás, pero teniendo
siempre la muerte delante:
tus festines turbará,
hará tu velar terrible,
y durmiendo, en sueño horrible
á tí se presentará.
En vano el temido trance
huirás en fuerte castillo:
no ha de faltarme un portillo
por do mi flecha te alcance;
y aun será defensa poca
férrea armadura completa;
que, al respirar, la saeta
has de tragar por la boca.
GES. Basta, necio... Si has pensado

sorprenderme, es ilusion:
contra tu infame traicion,
ya me encuentras preparado.
Tu flecha, sí, no lo dudo,
donde señalas alcanza;
pero de ella y tu venganza
me resguarda un fuerte escudo.

TELL. ¿Cuál?

GES. Poca memoria tienes:
ó ¿es tan ciego tu rencor,
que entregas á mi furor
tus mas estimados bienes?

TELL. ¡Dios!

GES. Tus hijos, tu muger...

TELL. Calla.

GES. Los tengo en mi mano,
y pendiente hierro insano,
sobre ellos se halla al caer.
Y caerá, que dada está
la orden... En el momento
que cumplas tu vil intento,
sus cabezas cortará.

TELL. ¡Monstruo!

GES. ¡Y bien! Hiéreme ahora.
Tira, aqui tienes mi pecho...
¿No te atreves? ¿Qué se ha hecho
tu gran valor? ¿Vengadora,
tu diestra no osa lanzar...?

TELL. ¡El mismo infierno, malvado,
tu corazon ha formado!
¡Dios! Y ¿habré de renunciar...?
Bien está... Vida por vida.
Si hoy mi sangre, pese á mí,
te guarda, mira por tí,
y de no verterla cuida:
una gota de la mia
con la tuya pagarás.
A Dios... No olvides jamas
que Guillermo Tell te espía. (*Vase.*)

ESCENA VII.

GESLER. ROBERTO. Caballeros. Soldados.

GES. (*Solo.*) ¡Ah! ¡Respiro! Me ha salvado

mi oportuno pensamiento;
mas no hay que perder momento,
quede al punto ejecutado.
¡Roberto, pronto, Roberto!
¿Dónde estás?
(*Salen Roberto, los caballeros y soldados.*)

ROB. ¡Señor!

GES. ¡Ah! ven:
¿no te he mandado que esten
luego aqui los presos?

ROB. Cierto:
cumplidos sin detencion
vuestros mandatos, ya llegan.

GES. Los cielos me los entregan.
Escucha con atencion.

(*Se queda hablándole bajo. Salen Berta y Walter con escolta.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. BERTA. WALTER.

WALT. Animo, madre mia; la constancia
imitad de mi padre.

BER. Mi destino
sufro sin murmurar: tan solo el tuyo,
hijo amado, me arranca estos suspiros.

WALT. Mi suerte no lloreis: aunque tan jóven,
inútil á mi patria no he vivido;
la flecha que esperar supe valiente,
del letargo tal vez saque á los suizos.

BER. ¡Ah! el tirano está alli.

GES. (*Acabando de hablar á Roberto.*)
La vida mia
de esto pende.

ROB. Sereis obedecido.

GES. (*A Berta y Walter.*)
Acercaos... oid... Prision estrecha
en la torre tendreis de aquel castillo.
Roberto os guardará... Vuestra custodia
á par con vuestra vida le confio.

BER. A la muerte pensé que me llevaban,
y serena aguardaba el golpe inicuo;
mira si puede la prision ahora
infundirme pavor.

GES. Si eso has creido,

¿cómo por tal clemencia aquí postrada,
las gracias no me das?

BER. ¡A tí, hombre indigno!
¡A tí! De monstruos como tú, tan solo
agradecer se pueden los suplicios:
si no mandas cortar nuestras cabezas,
te lo impide algun bárbaro motivo.

GES. ¿Me insultas? Pues bien, sábelo, á tu esposo
tener entre mis manos necesito:
si libertad y vida quiere daros,
trueque su libertad por vuestros grillos.

WALT. ¡Cómo! (*Con alegría.*)

BER. ¡Qué escucho! ¿Qué decís...? ¿Guillermo
no se halla preso?

GES. No.

BER. (*Abrazando á Walter con alegría.*)
¡Ah! ¡Hijo mio!

WALT. ¡Madre, qué gozo!

GES. Se ha escapado.

BER. ¡Gracias,
gracias, Dios de bondad...! ¡Ay, ya respiro!

WALT. Alegre sufro mi prision ahora;
y si es fuerza morir, muero tranquilo;
pues sé no ha de faltar, libre mi padre,
quien me llegue á vengar con tu castigo.

GES. Desecha esa esparanza; que á mis manos
no tardará en traerle su cariño.

BER. ¿Él? Le conoces mal: antes sus flechas
al pecho tuyo se abrirán camino.

GES. Eso hiciera tal vez, si vuestro riesgo
no atajase al traidor en sus designios.
Sin miedo ahora estoy; pues vuestra muerte
sabe que ha de seguir á su delito.

BER. ¡Bárbaro!

WALT. ¿Es cierto? Yo mi muerte ahora
te pido por favor.

BER. ¿Qué dices, hijo?

WALT. Pues ¿no la he de pedir, cuando con ella
aseguro tambien la de ese impío?

BER. ¡Oh hijo digno de Tell! (*A Gesler.*)
Mira los hombres
como serán aqui, si esto es un niño.

GES. Basta, insensatos... Sin tardar, Roberto,
al mas lóbrego encierro conducidlos.

Pronto, marchad.

(*Se oye una trompa dentro del castillo.*)

¿Qué es esto? ¿Qué sucede?

¿Por qué dentro del fuerte aquel sonido?

ESCENA IX.

DICHOS. WERNER. EL BARON. ULRICO. CONJURADOS. PUEBLO.

(*Se abate el puente levadizo del fuerte, y aparecen sobre él Werner y los suyos con aire de triunfo. Werner sale tocando una trompa, á cuyo sonido aparecen por todos lados multitud de suizos que suben rápidamente por las peñas, y se apoderan del castillo. Ulrico los guia. El baron sale tambien con paisanos armados, y ocupa la escena.*)

ULR. Hijos, seguidme.

PUEB. ¡Libertad!

WER. (*Dejando de tocar y gritando.*) ¡Victoria!
Nuestro es el fuerte ya: venid, amigos.

GES. ¡Dios...! ¿qué traicion es esta?

BAR. (*Saliendo rápidamente, y colocándose con su gente á la izquierda del teatro. Gesler con los suyos permanece á la derecha.*) Esto es, malvado,
que la hora sonó de tu esterminio.

GES. ¿Cómo, infames...?

ULR. (*Sobre el puente y gritando con los suyos.*)
¡Victoria!

BAR. (*Mostrando á Gesler el castillo.*)
Mira y tiembla...
Ya del buitre rapaz nuestro es el nido.

GES. ¡Oh furor!

WALT. (*Pasando rápidamente de donde está al lado del baron.*) Dadme una arma.

BAR. (*Dándole la espada.*) Toma.

WALT. Madre,
á mi lado venid: los desafio.

(*Berta se pasa al lado de su hijo, que la defiende amenazando con la espada.*)

GES. (*Sacando la espada y dirigiéndose hácia el castillo.*)
Aun logrado no habeis el vil intento:
acudid, compañeros, al peligro.

(*Gesler y los suyos quieren subir las rocas: de repente Guillermo Tell se presenta en una de las mas altas.*)

ESCENA X y ÚLTIMA.

DICHOS. TELL.

TELL. ¡Detente!
GES. (*Aterrado.*) ¡Cielos, Tell!
TELL. Yo soy, tirano:
yo, á quien el cielo encarga tu castigo.
Muere pues.
(*Le dispara una flecha: todos dan un grito.*)
TODOS. ¡Ah!
GES. (*Herido.*) ¡Traidor...! ¡Pese al infierno!
(*Retrocede vacilando y cae en brazos de Roberto y de los caballeros que acuden á socorrerle. Los soldados quedan abatidos y aterrados.*)
ROB. ¡Señor!
GES. No puedo mas.
WALT. (*Que en el momento en que Tell ha disparado la flecha, sube rápidamente la roca y le abraza.*)
¡Padre querido!
WER. (*Que tambien ha ido hácia Tell, le aprieta la mano.*)
¡Bien, Tell!
(*Gritando con fuerza.*)
¡La patria es libre!
TODOS. ¡Viva Suiza!
BAR. (*Señalando á Gesler moribundo.*)
¡Ved el juicio de Dios!
GES. ¡Oh rabia! ¡espiro!
(*Muere.*)
BER. (*Corriendo hácia su hijo, que ha bajado con Tell, Werner y otros, le coge por la mano, y le lleva hácia donde está Gesler espirando.*)
Acércate, hijo mio... Mira, mira
cómo muere un tirano.
BAR. Ya he vivido
bastante. Ahora moriré contento;
pues libre, en fin, á nuestra patria miro.
TELL. Sí, amigos, ya lo es... Ved á lo lejos
sobre las cumbres de eminentes riscos
las hogueras brillar que de victoria
á Suiza deben ser triunfante signo.
BAR. Furst y Mectal, con denodado pecho,
sus santos juramentos han cumplido.
Encended otra hoguera, grande, hermosa,

y sepan todos que tambien vencimos.

(*Varios aldeanos encienden una hoguera sobre el monte mas alto.*)

TELL. (*A los austriacos que rodean el cadáver de Gesler.*)
Quitad ese cadáver. Y vosotros,
tiranos estrangeros, tambien idos;
este suelo dejad, y para siempre
de vuestra odiosa raza quede limpio.
Huid y no temais; que nuestras manos
no se ensangrientan nunca en los vencidos.
Esa sangre nos basta.

(*Los austriacos retiran el cadáver de Gesler y vanse.*)

ULR. (*Que habrá bajado del castillo, se acerca á Tell.*)
Gran Guillermo,
dame estrechar tu pecho con el mio.

BAR. Y á mí tambien.

TELL. (*Abrazándolos.*) ¡Señor...! Asi por siempre
los hijos de la Helvecia esten unidos

BAR. Sí, lo estarán, Guillermo, que á mas riesgos
prepararnos de hoy mas será preciso.
La libertad se gana en un instante:
solo se afianza combatiendo siglos.

TELL. Pues bien, combatiremos. Mande el Austria
sus feroces guerreros siempre invictos:
si lidiando con siervos han triunfado,
sus laureles aqui verán marchitos.
Una bandera que á la lid nos guie
alzar necesitamos: esta elijo.

(*Toma el sombrero de Gesler, que habrá quedado en el suelo, y lo coloca sobre una lanza.*)
Signo de libertad este sombrero,
sea de hoy mas, si de opresion ha sido.

TODOS. Sí, que lo sea, sí.

TELL. Mirad la enseña
que debemos seguir en los peligros.
Ante ella el sacrosanto juramento
de muerte ó libertad, prestad, amigos.

TODOS. ¡Ó muerte ó libertad!

TELL. El cielo os oye:
no lo olvideis jamas, valientes suizos.

FIN DEL DRAMA.

